

LA EDAD DEL HIERRO EN SEPÚLVEDA (Segovia).

The Iron Age in Sepúlveda (Segovia)

Juan F. BLANCO GARCÍA
Universidad SEK. Segovia

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 12-11-98

BIBLID [0514-7336 (1998) 51; 137-174]

RESUMEN: Uno de los yacimientos más destacados de la Segunda Edad del Hierro en la provincia de Segovia –junto a Cuéllar, Coca, Ayllón o la misma Segovia– es Sepúlveda. Sin embargo, aún resulta bastante desconocido para la investigación. En este trabajo pretendemos una aproximación general al enclave basada no en documentación de excavación, pues nunca se ha hecho un sondeo en él, sino en los hallazgos que hasta ahora se han producido en la villa y que se encuentran depositados en diversos museos y colecciones particulares. Ellos indican cómo este castro estuvo habitado básicamente desde el siglo V-IV hasta mediados del I a. C., no existiendo indicios de ocupación romana en el cerro.

Palabras clave: Edad del Hierro, Celtibérico, Valle del Duero, Sepúlveda.

ABSTRACT: One of the most important archaeological sites of the Celtic Iron Age in Segovia province –with Cuéllar, Coca, Ayllón or Segovia town– is Sepúlveda. But this Celtiberian site is very unknown for the investigation. In this paper we want to make an approachment based on the study of single finds actually preserved in museums and particular collections. By means of those, we can said that the life on this *oppidum* was basically from 5th-4th centuries until mid 1th B.C., and no roman remains on it.

Keywords: Iron Age, Celtiberian, Duero Valley, Sepúlveda.

La lenta marcha de las investigaciones arqueológicas en la provincia de Segovia aún no permite dibujar un panorama detallado y rico en matices para su Edad del Hierro. Sin embargo, en los últimos años se han producido una serie de avances que, sin ser tan importantes como los que han experimentado otras provincias de nuestro entorno, han ido dando forma y contenido a esa fase de nuestra historia. Bien es cierto que la información, lejos de ser uniforme para el conjunto provincial, ha ido polarizándose cada vez más, al aumentar el volumen de conocimientos sobre determinados yacimientos al

tiempo que otros no menos interesantes permanecían estancados. Sepúlveda es uno de esos yacimientos segovianos al que se le supone un pasado prerromano de cierta consideración pero sobre el que la investigación no se ha volcado decididamente. Con estas páginas nos proponemos contribuir a un mejor conocimiento de este enclave arqueológico meseteño por la única vía a través de la cual se enriquecen los conocimientos: la de la aportación de nueva documentación, base para nuevas ideas.

En 1995 tuvimos conocimiento de la existencia de un lote de fragmentos cerámicos de la Edad del

Hierro recuperado en Sepúlveda y que se recogió hace años tanto en la superficie de Cerro de Somosierra como en las vertientes que caen a los ríos Duratón y Caslilla. Teniendo en cuenta la escasa información que poseemos sobre esta fase en dicho yacimiento, se imponía la necesidad de darlo a conocer en el contexto de datos hasta ahora disponibles¹. Desde el punto de vista de su conservación, se trataba de materiales muy rodados, con abundantes focos calizos y salinos así como con adherencias musgosas fruto de su dilatada exposición a la intemperie.

Con estos restos arqueológicos como punto de partida –y que constituyen el grueso de nuestra documentación gráfica–, el siguiente paso fue localizar y documentar los materiales que se conservaban en el Museo de Segovia y en el Arqueológico Nacional de Madrid², algunos de los existentes en este último de procedencia sepulvedana dudosa. Salvo

¹ Agradecemos a D. Luis Cristóbal Antón, profesor de la Escuela de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de Madrid, la confianza depositada en nosotros y las facilidades que nos ha dado para estudiar su pequeña, pero importante, colección.

² Entre los materiales depositados de antiguo en el Museo Provincial, todos ellos poco representativos si se comparan con los de la Col. Cristóbal, sólo hemos recogido en nuestra documentación gráfica la espada que apareció en 1947 en La Picota (Fig. 17, 1). De los recuperados con motivo de las prospecciones para el Inventario (que aparece bajo las siglas SEP/VI), hemos seleccionado los siguientes: Fig. 2, 1-3, 6 y 9; Fig. 4, 5 y 13; Fig. 5, 1; Fig. 6, 6 y 7; Fig. 7, 11; Fig. 8, 3, 16, 19 y 21; Fig. 10, 5; Fig. 12, 15; Fig. 13, 20; Fig. 14, 3, 4 y 6; y Fig. 15, 7. Aprovechamos la ocasión para mostrar nuestro agradecimiento a D. Alonso Zamora, director del Museo Provincial de Segovia, por las facilidades que nos ha dado para la consulta de los materiales de procedencia sepulvedana que en él se guardan. También a la Junta de Castilla y León por el permiso que nos ha otorgado para completar el trabajo con la documentación de su responsabilidad.

Respecto a los materiales que se conservan en el M.A.N., es completamente segura la procedencia sepulvedana del conjunto funerario (supuestamente perteneciente a un guerrero) que consta bajo la numeración 1951/18/1 a 4, hallado también en La Picota poco después de la espada arriba citada, y que lo recogemos en Fig. 17, 3-6. No tanta seguridad ofrece el lote de materiales que antes de pasar a este museo perteneció a la Colección Cerralbo y que, presumiblemente, procede de nuestro yacimiento. Bajo las siglas 1940/27/SEP/1 a 7 aparecen individualizadas seis fíbulas prerromanas (Fig. 18) y una pieza de bronce, de cronología ya más reciente. Junto a estos materiales comparecen en el mismo lote otros objetos cerámicos sin número de orden en el inventario y que hemos recogido en Fig. 15, 7-19 y Fig. 17, 4. Deseamos hacer expreso nuestro agradecimiento a Dña. Magdalena Barril, conservadora de la Sección de Protohistoria y Colonizaciones del M.A.N., por habernos permitido documentar los dos lotes originarios de Sepúlveda que en ese museo se custodian.

algún que otro trabajo específicamente dedicado a informar sobre materiales prerromanos o el capítulo que J. Barrio dedicó a este yacimiento en su Tesis Doctoral, las contadas ocasiones en las que se ha hecho referencia a esta época de la historia de Sepúlveda han tenido lugar en el marco de estudios más amplios o centrados en otros periodos, mayoritariamente su rica Edad Media.

En estas páginas vamos a intentar un acercamiento a esa Sepúlveda de la Edad del Hierro, con toda la documentación material y bibliográfica actualmente disponible y con el objetivo de definir sus rasgos más sobresalientes, al tiempo que deseamos contribuir a un mejor conocimiento de los siglos finales de la Prehistoria reciente segoviana. Ni que decir tiene que la nuestra será una aproximación provisional, pues son muchas las carencias que nos asedian: la mayor parte de los materiales son de superficie o han sido arrastrados por la erosión hacia el fondo de los valles fluviales, estando totalmente descontextualizados, por tanto; algunos, como los de la Col. Cerralbo, ofrecen ciertas dudas sobre si proceden o no de aquí; desconocemos la secuencia estratigráfica en la zona de poblado, ya que nunca se ha practicado en él un sondeo para determinarla; ciertos trabajos de infraestructura que hoy vemos no sabemos si ya en la Edad del Hierro existían o sólo se remontan al medievo; conocemos muy precariamente la zona funeraria de La Picota, a pesar de que el crecimiento urbano que en los últimos años en ella se ha producido, con las consiguientes alteraciones en el subsuelo, no han supuesto un incremento de la documentación; nos faltan datos sobre las circunstancias en las que se produjeron estos hallazgos funerarios, etc.

A pesar de todo, no nos cabe la menor duda de que Sepúlveda fue uno de los enclaves poblacionales más destacados de la provincia de Segovia durante la Segunda Edad del Hierro. Junto a la misma capital, Coca, Cuéllar, Ayllón, el Cerro de la Virgen de Tormejón (Armuña), Los Sampedros (San Miguel de Bernuy) y tal vez Pedraza, Sepúlveda está entre los diez yacimientos prerromanos más importantes de la provincia, de un total de algo más de cuarenta que se conocen en la actualidad. Si la bibliografía arqueológica no ha puesto la suficiente atención en él, se debe, en parte, a que los datos que teníamos eran escasos y aislados, cuando no dudosos. A través de conocimientos cada vez más amplios y seguros,

inexorablemente habrá de ir ocupando el espacio que le corresponde en el contexto de la historia de los pueblos prerromanos del Valle del Duero.

Sepúlveda prerromana en la bibliografía

Una de las poblaciones segovianas sobre la que más se ha escrito es Sepúlveda, pero referido sobre todo a su pasado medieval³. El protagonismo que jugó durante la Repoblación de la Extremadura castellano-leonesa, la conservación íntegra y en buen estado de sus textos forales –además de una extensa documentación de carácter variado–, su trazado urbano y edificios singulares, etc., han generado una rica bibliografía. En muchos de estos trabajos se suele hacer referencia al pasado prerromano de la población para seguidamente argumentar que si a partir de la Reconquista se erige en importante bastión para la defensa de los territorios recién cristianizados es porque poseía unas excelentes condiciones naturales y estratégicas que ya fueron valoradas por los pobladores prerromanos⁴.

³ No vamos a entrar en el problema del topónimo prerromano de nuestro yacimiento, pues todo cuanto se podía decir con la documentación existente ya se ha dicho, pero sí queremos decir una palabras al respecto. Creemos que es una polémica estéril seguir buscando la adecuación del lugar a los topónimos de la zona “disponibles” en las fuentes clásicas. Mientras no se generen nuevos y clarificadores datos seguiremos en el punto muerto en el que estamos anclados. El nombre actual de la población tampoco facilita las cosas, pues aunque desde la temprana Edad Media ya aparezca en la documentación como *Septempública*, *Sepulvega*, etc., netamente latinizado, no tenemos seguridad de que derive del indígena. Para el medievalista Ángel Barrios, *Septempública* no es más que una ultracorrección tardía, de filiación desconocida aunque de aspecto prerromano (Barrios García, 1982: 125). F. Villar, por su parte, ha propuesto recientemente la correspondencia Sepúlveda = *Sepulvega*, viendo en esta terminación una ligera modificación del originario *-briga* o *-brega* indoeuropeo (Villar, 1995: 157, 158 nota 32, 167 y 187). Para reafirmar la filiación arévaca que generalmente se le asigna, justo en el límite con los vacceos, los datos arqueológicos hasta ahora conocidos se muestran mudos al respecto y habrá que esperar nuevos hallazgos para poder avanzar en este punto.

⁴ Carece de sentido entrar en estas referencias, por lo demás generalizantes, repetitivas y basadas más en suposiciones que en datos concretos y novedosos. Únicamente, remitimos a la bibliografía recogida en: Linage Conde, 1972; Villar García, 1986: 84 y ss.; y Martínez Llorente, 1990: 45-49, 71-77 y 262-272. Por simple error, posiblemente, algún medievalista ha creído ver en Sepúlveda un núcleo romano en lugar de arévaco (Gautier Dalché, 1979: 102), cuando en realidad los restos romanos aquí prácticamente no existen.

A través de la carta que José Cornide escribió a un amigo en 1795 en la que refiere los hallazgos arqueológicos que acababan de producirse en Duratón (finca de *Los Mercados*), y que Gómez de Somorrostro reproduce en el apéndice documental de su obra sobre *El Acueducto* (1820: 221-225), sabemos que ya a finales del siglo XVI Juan Ginés de Sepúlveda pensaba que “...en la villa de su apellido había estado situada la antigua Segobriga”. La idea es rechazada por Cornide al considerar, de manera peculiar, que ésta era celtibérica y Sepúlveda pertenecía a los arévacos, *Confloenta* según Somorrostro. De todo esto, lo realmente importante para nosotros es ver cómo desde momentos tan antiguos ya existe una conciencia de que Sepúlveda tuvo un destacado pasado prerromano. Siguiendo esta tendencia, cuando en 1865 J. M. Quadrado haga mención de los hallazgos acaecidos en 1791 en Duratón, señalará una vez más “...la lejana edad á que se remonta Sepúlveda” (Quadrado, 1865: 495).

Durante la segunda mitad del siglo XIX y buena parte de la primera del XX se van a dar a conocer numerosos hallazgos paleoantropológicos y artísticos descubiertos en diversas cuevas de la zona (*vid.* Linage Conde, 1972: 10-18), pero las aportaciones al conocimiento de la Sepúlveda prerromana serían muy escasas y sin apenas trascendencia. Por ejemplo, el Marqués de Cerralbo refiere la existencia de ruinas ibéricas dentro de los muros medievales y reclama la necesidad de llevar a cabo alguna excavación en el lugar de Castrogoda para ver si se trata de un campamento iberorromano (Aguilera y Gamboa, 1918: 133); Sánchez Albornoz pone en duda que el límite meridional entre vacceos y arévacos pase necesariamente por Sepúlveda (1929: 336 y mapa); Arévalo Carretero insiste en la vieja tesis de hacer corresponder *Confloenta* con Sepúlveda (1931: 34 y fig. 8), no con Duratón como creían Cornide y otros, etc.

A partir de 1949 nuevos datos van a empezar a ampliar y renovar los conocimientos que se tenían de la Sepúlveda anterior al cambio de Era. En ese año, un gran conocedor de la zona como era Antonio Molinero no duda en asegurar que responde a las características de un auténtico castro céltico y que lo demuestra la abundante cerámica “de tipo ibérico” que existe en su superficie (Molinero, 1949: 580). El hallazgo de la espada de antenas que se produjo en octubre de 1947 (Fig. 17, 1) le da pie para ubicar en La Picota la necrópolis de dicho castro, frente a

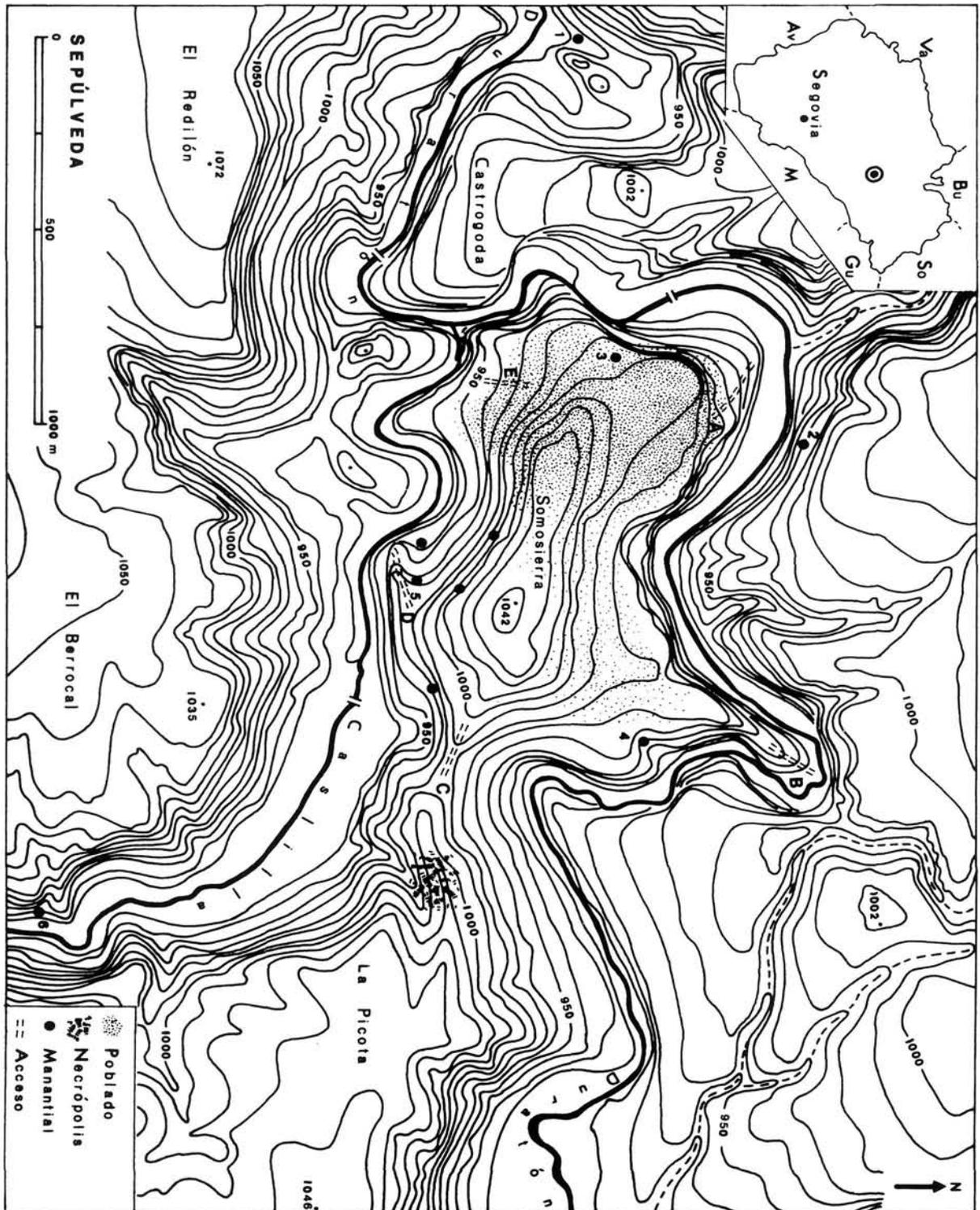


FIG. 1: Localización de Sepúlveda en la provincia de Segovia y topografía de la misma. Accesos: A, Puerta de la Fuerza; B, Virgen de La Peña; C, Puerta de la Villa; D, Los Manantiales; E, San Juan. Manantiales: 1, La Hontanilla; 2, La Gallina; 3, Sta. Eulalia; 4, El Aljibe; 5, Los Caños/San Andrés; 6, El Caldero. (Calco ampliado de la Hoja 431-I del M.T.N. escala 1:25.000, ed. por el I.G.N. en 1.^a ed., 1991).

donde intuía que debió de alzarse su puerta principal, deducción lógica, por otra parte. Interesante es también la noticia que da sobre el descubrimiento de los restos de un posible verraco que no pudo ver personalmente porque desapareció poco después (Moliner, 1949: 581). Al año siguiente vuelve a citar algunos de estos materiales pero sin aportar datos nuevos (Moliner, 1950: 644-645).

Será en 1952 cuando Gil Farrés dé a conocer lo que juzga como el ajuar de la sepultura de un guerrero, hallado de nuevo en La Picota: una espada casi completa, dos puntas de lanza y una fíbula anular hispánica (Gil Farrés, 1952; artículo también reproducido en *Id.*, 1954) (Fig. 17, 3-6). Simultáneamente, Moliner amplía la información sobre la primera espada exhumada en el lugar, dibujándola y señalando sobre el plano el punto exacto en el que se halló (Moliner, 1952)⁵. Tiempo después volvería a dibujarla junto a varios fragmentos cerámicos (Moliner, 1971: 74, 2.661-80, lám. CXXVIII-1, 80).

En ese mismo año de 1971 M. R. Lucas y V. Viñas inciden en la importancia que debió de tener este castro y hacen referencia a la colección de restos arqueológicos que poseía D. Alejandro Heras, aunque no especifican ni documentan gráficamente nada, como hubiera sido deseable (Lucas y Viñas, 1971: 98). De igual modo, tampoco sabemos las características físicas del denominado "tesoro de Sepúlveda" que refiere J. Cornide (Gómez de Somo-rostro, 1820: 224) y al que se le ha supuesto una cronología del Bronce Final (Almagro Gorbea, 1974: 54). Hallazgos coetáneos en las inmediaciones no faltan (Moliner, 1950: 643; Fernández Manzano, 1986: 62, fig. 10, 2; Lucas, 1989: 484 y mapa 1; Martín, Tardío y Zamora, 1990: 18; Conte y Fernández, 1993: 79-80), pero no se tiene ninguna seguridad de que procediese de la misma Sepúlveda.

En los años 1972, 1976 y 1983 Antonio Linage publica sendos artículos sobre la evolución histórica de Sepúlveda en los que, además de recoger opiniones diversas de destacados investigadores de la Prehistoria y la Edad Antigua, señala la frecuencia con la que se producen hallazgos arqueológicos en la Villa, insiste en las excelentes condiciones naturales con las que cuenta para que hubiera sido un impor-

tante castro céltico y reclama la imperiosa necesidad de practicar algunas catas para precisar datos y acabar con las conjeturas (Linage, 1972: 18 y ss.; *Id.*, 1976: 625-629; *Id.*, 1983).

Alonso Zamora en 1983 aborda el problema de delimitar el periodo de vida de la Sepúlveda arévaca y estima que debió de estar habitada desde los siglos V-IV a. C. hasta época romana, refiriendo cómo los restos romanos en ella son extremadamente raros (Zamora, 1983: 68). En un trabajo posterior este autor restringe aún más el periodo de existencia del poblado al encasillarlo entre los siglos IV y II a. C. (Zamora, 1987: 39). En colaboración con M. D. Martín y T. Tardío, el mismo A. Zamora publica en 1990 un trabajo sobre las murallas de Sepúlveda en el que se incluye una sumaria secuencia cultural del enclave hasta tiempos medievales, haciéndose hincapié en que sólo a partir del 350 a. C. se puede hablar de Sepúlveda como núcleo de población estable (Martín, Tardío y Zamora, 1990: 13-20 y 27). Además de ofrecer nuevos datos y apreciaciones sobre La Picota, estos autores rechazan la idea de Cerralbo de que en Castrogoda existan restos prerromanos y romanos, aunque señalan la posibilidad de que la base de uno de los muros del recinto pueda pertenecer a la Edad del Hierro (Martín, Tardío y Zamora, 1990: 15-16). Por otra parte, basándose en la dispersión de materiales existente en la superficie del Cerro de Somosierra, delimitan, *grosso modo*, el espacio de habitación de la Sepúlveda prerromana, que ocuparía básicamente la zona oeste, a poniente del actual cementerio (Martín, Tardío y Zamora, 1990: 19 y mapas de pp. 22 y 26). No obstante, no descartan que pudieran existir algunas construcciones dispersas por el resto del Cerro, pues en toda su superficie y en las caídas a los ríos se constatan materiales indígenas.

Será, sin embargo, en 1991 cuando encontremos un trabajo de conjunto sobre la Segunda Edad del Hierro sepulvedana. Nos referimos al capítulo que le dedicó J. Barrio en su Tesis Doctoral sobre el Hierro II en Segovia (Barrio, 1991: 341-358) y en el que se tocan importantes aspectos sobre bases más firmes: cuantificación del espacio habitado, posibles usos agrícolas y ganaderos del territorio circundante, recursos metalúrgicos más próximos y de susceptible aprovechamiento en esta época, etc., todo ello ilustrado con una amplia muestra de materiales, inéditos algunos y publicados de antiguo otros.

⁵ Por error, en el título de este artículo se escribió Cerezo de Abajo en lugar de Sepúlveda (*vid.* Moliner, 1971: 74, nota 38), lo que ha llevado a equívoco a más de un autor.

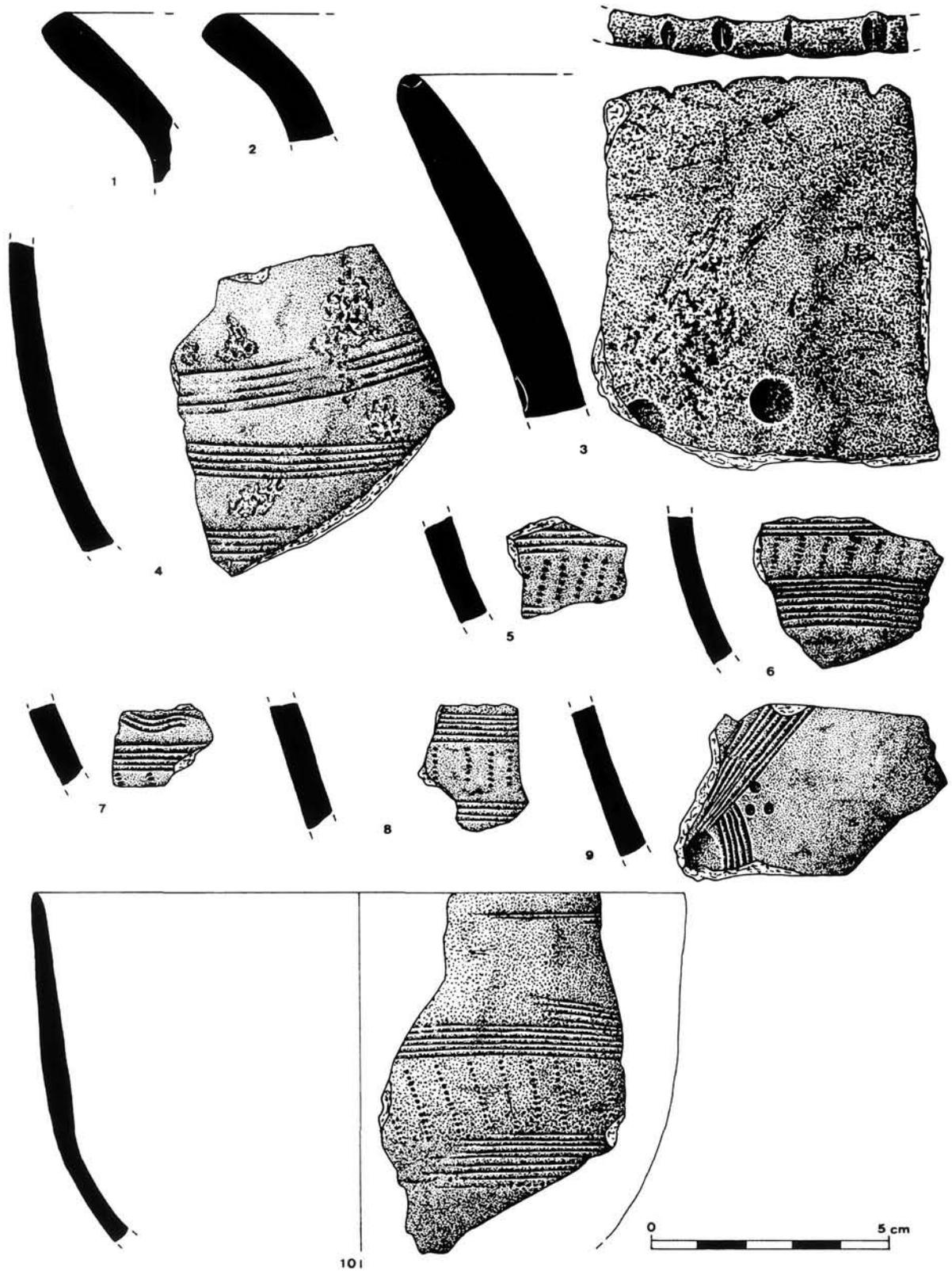


FIG. 2: Cerámica a mano. 1-3, fragmentos del Hierro I; 4-10, decoradas "a peine" inciso e impreso, de Cogotas II

Tras este destacado trabajo, sólo resta mencionar las alusiones, en un caso, y el capítulo, en otro, que respectivamente dedican R. C. Knapp (1992: 267) y Conte y Fernández (1993: 100-108) a la Sepúlveda de la Edad del Hierro. Interesa señalar en esta última publicación la noticia que se da de un nuevo hallazgo en La Picota, compuesto por dos fibulas de pie vuelto, con lo que cada vez se va reafirmando más el carácter necropolitano del lugar (Conte y Fernández, 1993: 105).

El poblado

El denominado Cerro de Somosierra se levanta en el interfluvio que forman los ríos Duratón y Caslilla, es de planta casi rectangular y su eje mayor se orienta de oeste a este (Fig. 1). Se trata de un bloque calizo del Cretácico, de superficie abombada, bastante denudada por efecto de la erosión y con una cobertera de tierra vegetal muy poco potente, lo que desde el punto de vista arqueológico tiene consecuencias bastante negativas. El gran encajamiento de dichos ríos en estos materiales blandos ha dejado unos contornos tan pronunciados topográficamente que en ciertos tramos puede llegarse casi a la verticalidad. A título meramente anecdótico, diremos cómo en los fueros y ordenanzas de Sepúlveda cuando era necesario aplicar la pena capital a alguien por la comisión de un delito grave, el procedimiento más comunmente utilizado era el de despeñarlo por alguno de los tajos. Y es que en ciertos lugares pueden alcanzarse caídas de más de sesenta metros. Desde el punto más elevado hasta el nivel de aguas hay una diferencia altimétrica superior a los ciento veinte metros (1.042 - 920/910 m.s.n.m.). La comunicación natural con el exterior del castro, sin tener que vadear ningún río, se efectúa por el sureste, accediéndose a través de él al Cerro de La Picota.

Un paraje de estas características geoestratégicas –además, muy próximo a los pasos transerranos de Somosierra–, difícilmente pudo pasar inadvertido a las gentes de la Edad del Hierro. Las tres condiciones naturales básicas que permiten que en un lugar se instale una comunidad humana en esta época (y que cumplen la mayoría de los asentamientos conocidos) son: un buen entorno económico del que obtener los medios de subsistencia, disponibilidad permanente de recursos hídricos y que el solar sea de

fácil defensa, esto es, que ofrezca seguridad ante posibles agresiones externas. Sobradamente cumplía los tres requisitos el Cerro de Somosierra.

A pesar de que la transformación del paisaje en los más de dos mil años transcurridos ha debido de ser considerable, el entorno de este cerro durante la Edad del Hierro posiblemente fue más propicio para el desarrollo de la ganadería que de la agricultura, en contra de lo que hoy puede observarse. Algo diferente debió de ser también el “paisaje hidrológico”. Si los dos cursos permanentes de agua son el Duratón y el Caslilla, cuyos caudales en aquella época debieron de ser mayores que los actuales (Calonge, 1995: 531), posiblemente sólo de manera excepcional fueran empleadas sus aguas para usos domésticos. Las características geológicas de la zona permiten la formación de bolsadas subterráneas de agua alimentadas por las lluvias para posteriormente dar lugar a numerosos manantiales. Estos sí serían los principales abastecedores de agua para el consumo humano. En el mismo Cerro de Somosierra, los manantiales de Santa Eulalia, El Aljibe y Los Caños/San Andrés (Fig. 1, nn. 3, 4 y 5, resp.), actualmente muy mermados en sus fluidos, tendrían una gran importancia estratégica por cuanto en caso de amenaza externa eran la garantía del abastecimiento. Al otro lado de los ríos, los de La Hontanilla, La Gallina y El Caldero (Fig. 1, nn. 1, 2 y 3, resp.) debieron de ser igualmente aprovechados en aquellos momentos. La misma constitución geológica del cerro nos permite pensar que muy posiblemente existieran también cisternas excavadas en la roca para el almacenamiento del agua de lluvia, de manera similar a como las intuimos para el caso de Segovia (Blanco García, 1999: 85).

El abombamiento tan pronunciado que presenta el Cerro de Somosierra dificulta la evaluación del espacio teóricamente habitable, para compararlo con el que presumimos estuvo habitado. La considerable inclinación de las tierras en algunos de sus bordes descarta que podamos incluirlas en ese hipotético espacio urbanizable, pero aun así, este estaría en torno a las veinticinco hectáreas, con una diferencia de cota entre la cumbre y las zonas bajas de casi 50 m. Ni aun forzando las posibilidades, la zona presumiblemente habitada alcanzaría la mitad de dichas hectáreas. Los restos arqueológicos celtibéricos están presentes en todo el cerro y en las caídas hacia los ríos, pero su máxima densidad la vemos en torno al

cementerio y desde él hasta los escarpes occidentales. Teniendo en cuenta que el arado ha contribuido de manera notable a la dispersión de estos materiales y ante la falta de sondeos para tratar de delimitar el poblado, es ciertamente arriesgado ofrecer cifras sobre sus dimensiones. No obstante, no creemos que tuviera más de siete u ocho hectáreas, pero tampoco menos de cinco. Es posible que además de este núcleo existieran algunas construcciones dispersas en otros puntos del cerro, pues en determinados lugares se observan pequeñas concentraciones de materiales pétreos y cerámicos. Toda esta zona prácticamente libre de caserío puede que se usara para la guarda del ganado, como ocurre en otros muchos castros meseteños.

Desde el cerro se accedía a los ríos a través de varias bajadas (Fig. 1): en el norte, la que arranca de la Puerta de la Fuerza (A) y, con muchas dudas, la de la Virgen de la Peña (B); en el este, se podría acceder a ambos cauces a través de la vaguada que comunicaba con la necrópolis de La Picota y en la que en época medieval se levantó la Puerta de la Villa (C); por el sur, el mismo camino que se utilizaba para bajar a los manantiales conduciría seguramente hasta el Caslilla (D), y en las inmediaciones de San Juan debió de existir otra bajada (E); la zona oeste es la más suave, por lo que en ella debieron de existir varias bajadas más.

Si los escarpes daban protección natural a la población, la zona por la que ésta era más vulnerable sin duda era la sureste, donde siglos más tarde se levantaría la citada Puerta de la Villa. Más de un autor ha supuesto, por pura lógica, que en este estrechamiento entre los ríos Duratón y Caslilla (el centro del casco de la actual Sepúlveda) debió de existir algún dispositivo artificial para la defensa, alguna muralla o empalizada que aislara plenamente la zona de habitación del resto de la meseta. Sin embargo, y aunque nosotros también vemos factible la existencia de tal dispositivo, aún carecemos de claras evidencias que lo demuestren, como tampoco nada permite pensar que existiera muralla en otros puntos en los que el cerro era menos escarpado. Sea como fuere, habría que pensar que Sepúlveda tuvo un sistema defensivo plenamente adaptado a la topografía (González-Tablas, Arias y Benito, 1986).

Por lo que se refiere a las estructuras arquitectónicas existentes en el interior poblado, es muy poco lo que de ellas sabemos, ya que nunca se ha practi-

cado una excavación arqueológica en él, aunque sí se pueden ver en superficie fragmentos de adobes quemados o bloques de cuarcitas y caliza que bien pudieran haber pertenecido a dichas estructuras. No sería extraño, por otro lado, que parte de las casas de esta Sepúlveda prerromana estuvieran semiexcavadas en la roca, como en tantos yacimientos de parecidas características geológicas.

Pasando ya a exponer los principales rasgos de la secuencia poblacional en nuestro yacimiento, hemos de comenzar diciendo que los primeros momentos de presencia humana en el Cerro de Somosierra se manifiestan de una manera bastante difusa. A pesar de que en un radio de cuatro o cinco kilómetros se documentan diversos yacimientos de la Prehistoria reciente que señalan cierta antropización de la comarca en momentos tan tempranos, los testimonios más antiguos que se conocen hoy en dicho cerro parecen remontar a la *etapa plena* de la cultura de Cogotas I, hacia el tránsito del Segundo Milenio al Primero (Martín, Tardío y Zamora, 1990: 18).

Casi tan escasos como estos son los materiales que parecen querer indicar una tímida ocupación en algún momento de la Primera Edad del Hierro. En tres fragmentos cerámicos de los que aquí presentamos se podrían reconocer perfiles emparentados con tipos de la *facies Soto de Medinilla* y decoraciones que tampoco les son ajenas (Fig. 2, 1-3). Son varios los yacimientos de la zona en los que se advierte la presencia de cerámicas de esta filiación. Realmente, en toda la provincia de Segovia, desde Villacastín hasta Ayllón y los castros de Montejo de la Vega, se documentan materiales cerámicos típicos de esa *facies*, aunque la concentración máxima se produce en el noroeste, en las comarcas de Cuéllar y Coca, las de mayor potencialidad agrícola. No obstante, para el tercero de los fragmentos, el decorado con impresiones, se pueden señalar otras posibles filiaciones culturales. Por una parte, recuerda tipos propios de los castros sorianos, fruto de las influencias de los Campos de Urnas Tardíos en las tierras altas de ambas mesetas (Romero Carnicero, 1991: fig. 9, 1, fig. 11, c-294, etc.; Martínez Sastre y Arenas Esteban, 1988: fig. 2, 9), pero también tiene buenos referentes en cerámicas más antiguas, características de los poblados de la denominada *facies Pico Buitre*, (Valiente Malla, 1984: 11, 7, fig. 3, 7), lo que no es de extrañar en Sepúlveda. Si estos tres fragmentos no fueran tan antiguos como

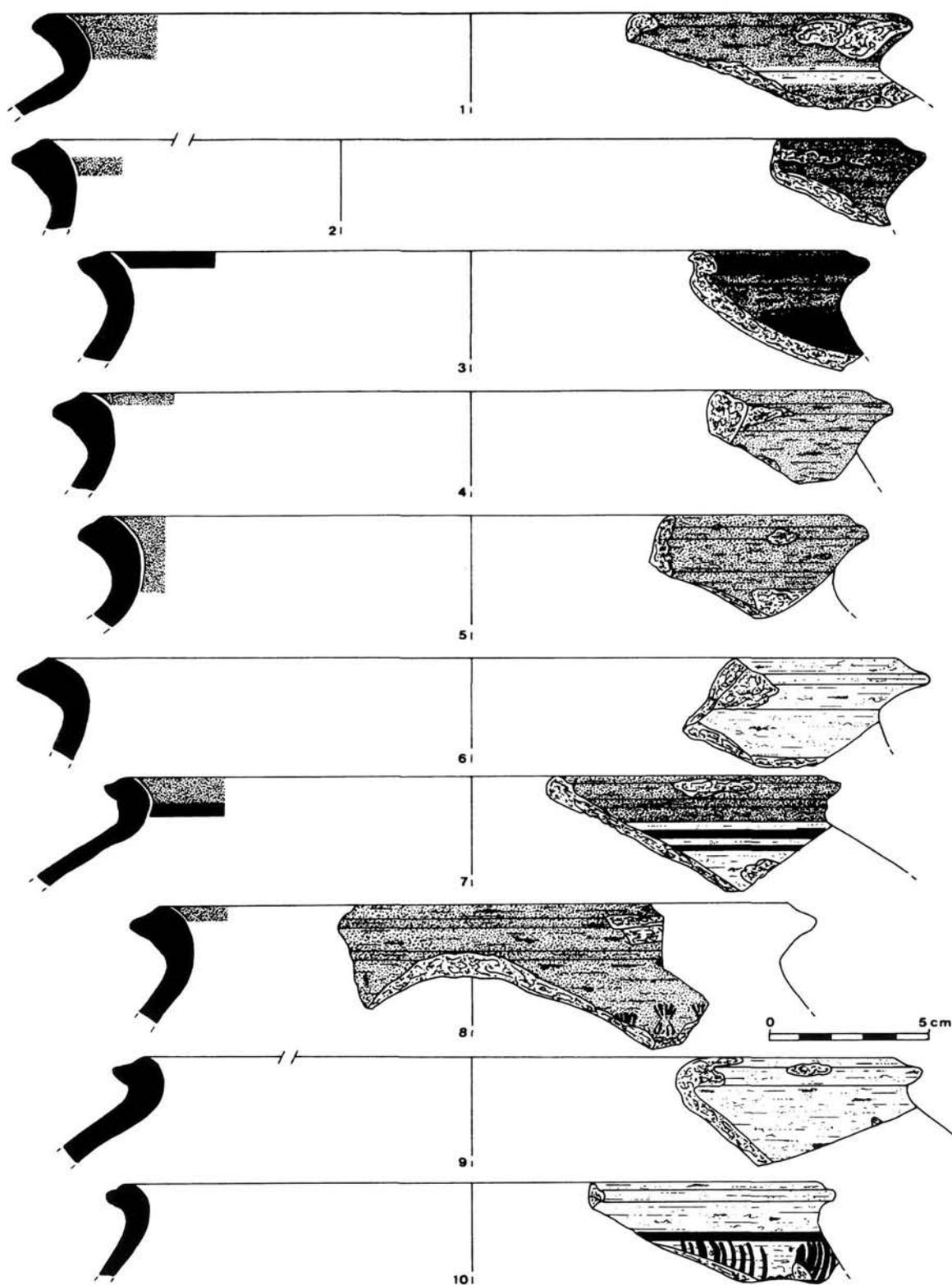


FIG. 3: Bordes de vasos de almacenamiento, a torno, en pastas anaranjadas. 1-5 y 7, decorados con pinturas negras y marrones pastosas; 6 y 9, sin pintar; 8, pintado y estampado; 10, pintado ocre claro.

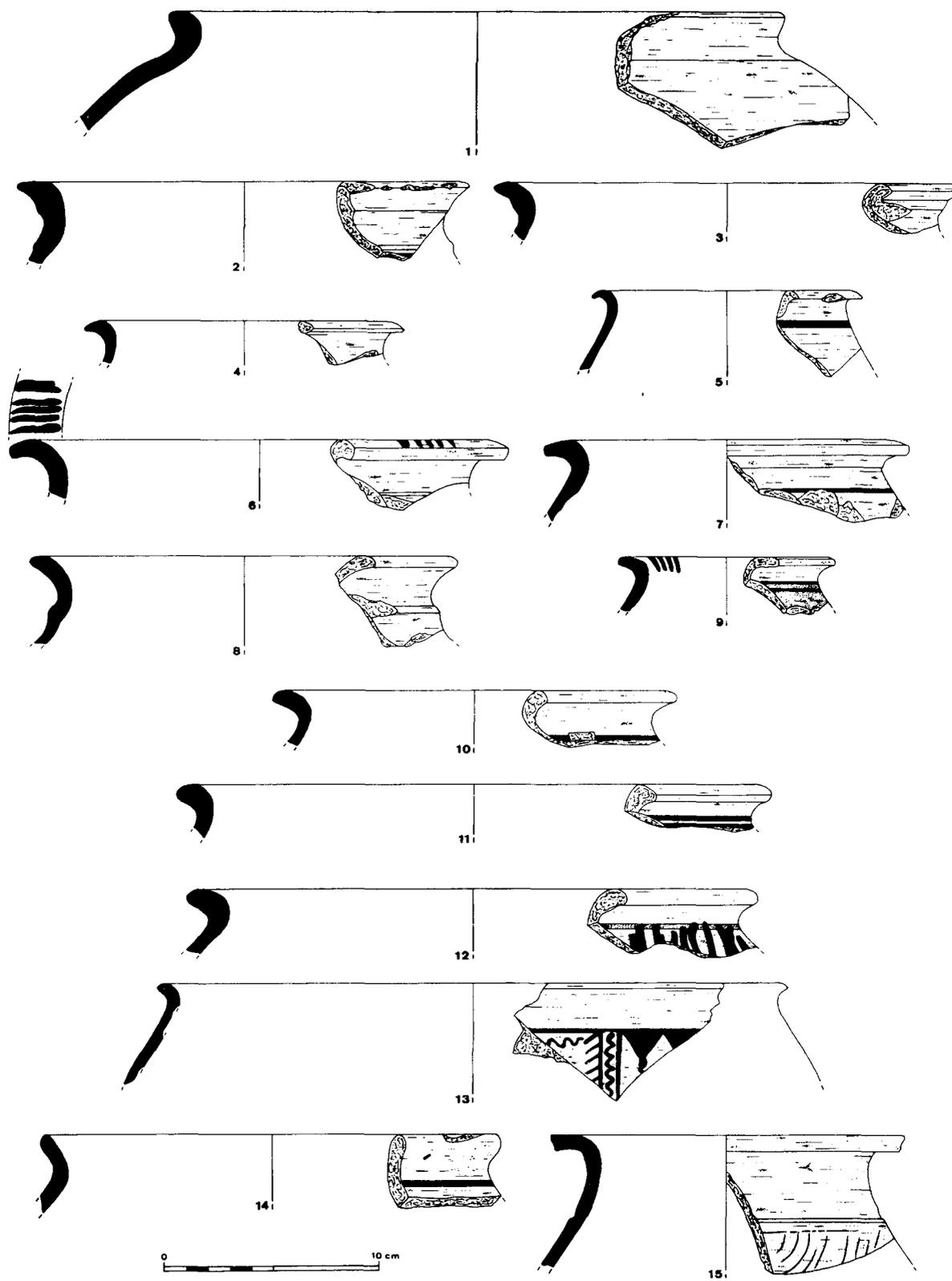


FIG. 4: Vasos de almacenamiento en pastas anaranjadas, borde vuelto, lisos y pintados, de amplia cronología

los de dichos enclaves de Guadalajara, sino que más bien estuvieran indicando una incipiente ocupación del castro a finales del Hierro I o en la transición al II, no tendrían por qué ser los fragmentos de Cogotas II (Fig. 2, 4-10) los testigos de una supuesta continuidad ocupacional, aunque, como luego veremos, existen elementos que apuntan hacia cronologías altas. Es cierto que los momentos de mayor apogeo de estas cerámicas decoradas “a peine” son los comienzos del Segundo Hierro, pero hoy nadie duda que estuvieron fabricándose y usándose durante casi toda esta fase, al menos hasta el siglo II a. C. Al ser los nuestros fragmentos de superficie, nos es imposible ir un poco más allá de las meras suposiciones. Las decoraciones barrocas que muestran algunos de ellos parecen indicar fechas avanzadas, de pleno Hierro II, lo que significa que convivieron con los vasos a torno propiamente celtibéricos. La perduración de las cerámicas “peinadas” hasta plena época de la conquista romana, tal como se observa en Cuéllar (Barrio, 1993: 204), Coca y otros yacimientos del Duero Medio nos obliga a dejar un amplio margen temporal para estos siete fragmentos, pues no necesariamente hay que tomarlos como coetáneos. Lo que sí testimonia, una vez más en esta región, es el gusto existente por la combinación de los motivos incisos e impresos en el mismo vaso, tal como es habitual en Padilla de Duero, Cuéllar, Coca, la Cuesta del Mercado, Olivares de Duero, Matapozuelos, Medina del Campo, etc.

Los momentos más tempranos de la cerámica a torno en Sepúlveda están marcados por un fragmento de tapadera decorada interior y exteriormente con círculos concéntricos realizados con pintura de color rojo vinoso (Fig. 11, 13). Este tipo de productos que llegan del área ibérica y sobre los que ya hace más de una década llamó la atención J. D. Sacristán (1986a), marcan un horizonte cada vez mejor definido en yacimientos de las zonas meridional y oriental del valle del Duero cuya cronología se remonte al menos al siglo V a. C.: Medina del Campo (Seco y Treceño, 1993: 163-166, fig. 15; *Id.*, 1995: 230), Cuéllar (Barrio, 1993: 191-194, fig. 11), *Cauca* y el cercano castro de la Cuesta del Mercado (Blanco García, 1995: 220; *Id.*, 1994: 53-57, fig. 11), Ayllón (Zamora, 1993: 48, fig. 4, 18, fig. 6, fig. 7, 32 y 34, etc.) o Roa (Sacristán, 1986b: 127-128, fig. XXVII, 8 y 9), son algunos de los más destaca-

dos yacimientos en los que están presentes estas importaciones.

Las primeras producciones a torno ya netamente celtibéricas (Fig. 3, 1-7) guardan cierta relación con estos vasos ibéricos. Además de tener perfiles derivados tipológicamente de aquéllos (generalmente recipientes de almacén), las zonas que se decoran con pintura suelen ser las mismas que en aquéllos, algo que avanzado el tiempo irá siendo menos frecuente, hasta casi perderse por completo. Las pinturas de estas cerámicas celtibéricas iniciales son ahora de color negro o marrón muy oscuro, pastosas, y tendentes cada vez a ir cubriendo zonas mayores del exterior de los vasos⁶. Aunque se fabricaron a lo largo de toda la Segunda Edad del Hierro, lógicamente, fue en los siglos IV y III a. C. cuando más proliferaron los vasos de almacenamiento. En Sepúlveda, como en cualquier otro yacimiento prerromano del Duero Medio, están presentes las dos variantes básicas de los mismos, bien documentadas, por ejemplo, en el alfar vacceo de Coca (Blanco García, 1998: fig. 3, 9 y 11; fig. 7, 1 y 2). Por una parte, ejemplares de gran tamaño, de entre 60 y 80 cm de altura y en torno a los 30 cm de diámetro de boca (Fig. 3, 1-7, 9 y 10; Fig. 4, 1, 11-13; Fig. 5, 1-8 y 11-14); y por otra, vasos de tamaño mediano, de unos 35/40 cm de altura y entre 17/21 cm de diámetro de boca (Fig. 3, 8; Fig. 4, 3-8, 10, 14 y 15; Fig. 5, 9, 10 y 15). Los perfiles de borde de los primeros son mayoritariamente del tipo conocido como “cefálico” o de “cabeza de pato” (Sacristán, 1986b: 166-168, fig. 11, 8-10, láms. XXV-XXVII), que también vemos en los vasos medianos, pero en estos últimos es más corriente el borde de ala, del tipo denominado “de palo de golf” (Fig. 4, 2-10) (Sacristán, 1986b: 162-166, fig. 11, 1-4, láms. XIV-XVII), que es el que corresponde a la Forma VIa de las torneadas de Las Erijuelas (Barrio, 1988: 339-342, lám. 128 a).

A juzgar por las variantes de perfiles existentes, el conjunto sepulvedano de vasos de almacén parece cubrir una amplia cronología, desde el siglo IV hasta el I a. C. Aunque el grueso de los mismos parece corresponder a los siglos IV y III a. C., son ya muy tardíos los que muestran bordes vueltos que llegan a tocar el hombro del vaso o a hacer cuerpo con él (Fig. 5, 16 y 17). Como puede verse, la gran mayoría de estos vasos de provisiones se decoran con pintura –a

⁶ Este tipo de pinturas en Coca son bastantes raras.

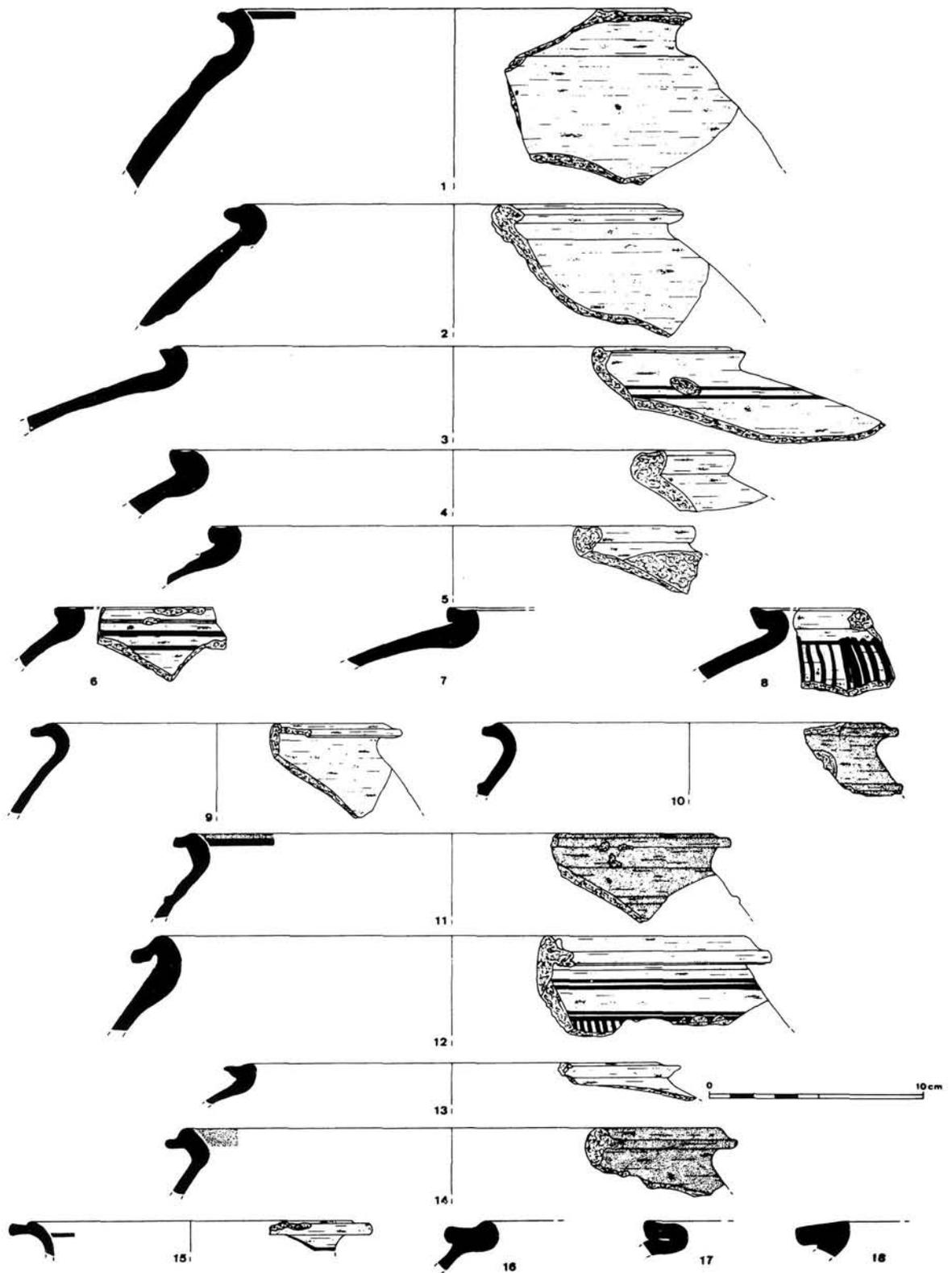


FIG. 5: Vasos de almacenamiento en pastas anaranjadas, de perfiles "cefálicos" o "de cabeza de ánade", lisos y pintados, de amplia cronología.

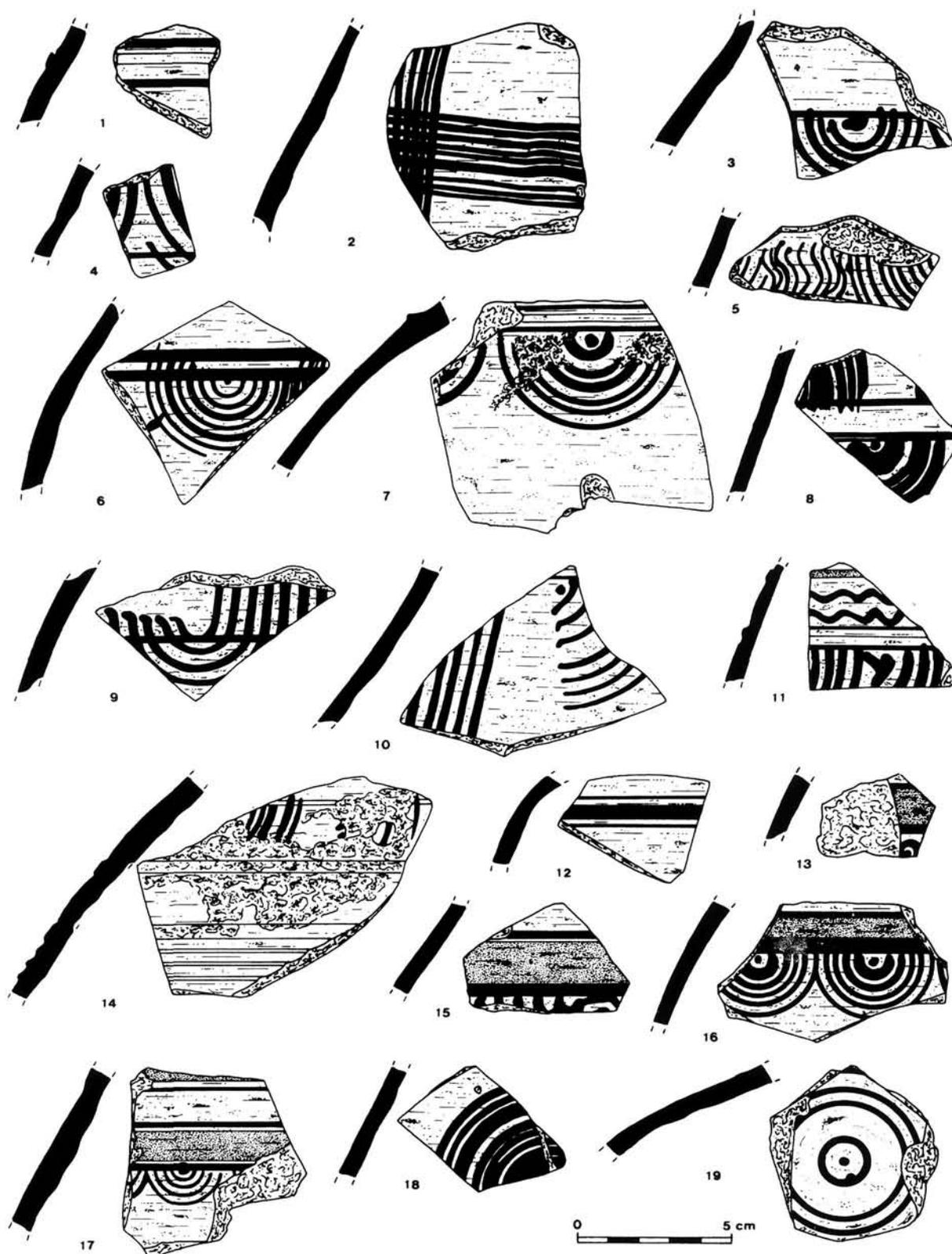


FIG. 6: Fragmentos pintados pertenecientes a vasos de almacén, en pastas claras y anaranjadas, algunos de ellos bícromos (11, 13 y 15-17).

ellos pertenecen también los fragmentos de la Fig. 6-, pero en algunos casos se ha utilizado la técnica de la estampación (Fig. 3, 8 y Fig. 13, 1 y 2), uniformemente aspas múltiples que podemos fechar en torno al siglo III a. C. (Martín Valls, 1986-87: 73). De manera invariable, las bases de estos grandes recipientes son de tipo umbilicado (Fig. 13, 3 y 4).

La denominada "cerámica de mesa" en Sepúlveda está relativamente bien representada y, en primer lugar, vamos a referirnos a algunos vasos grises que parecen ser producciones foráneas (Fig. 7, 1-5). Dentro de los conjuntos de cerámicas grises, cuencos y platitos son las formas más comunes, lo que en cierto modo resta extrañeza a que éstas sean las únicas presentes aquí. Su excelente factura técnica (a pesar de lo erosionados que están) y el excelente bruñido que han recibido sus superficies, con el que, supuestamente, se pretende que imiten prototipos metálicos, hacen de los mismos unos productos singulares. En yacimientos de Madrid o Toledo—como, por ejemplo, Cerro Redondo (Blasco y Alonso, 1985: 97, Tipos II-IV, fig. 34, 11-13 y fig. 35, 1-7) o el Cerrón, de Illescas (Balmaseda y Valiente, 1979: 190, fig. 16, 5 y 6), respectivamente— pero sobre todo de las provincias de Guadalajara y Cuenca—como la necrópolis de Luzaga (Díaz Díaz, 1976: 464, fig. 19, salvo la 5, al menos), en la primera, y Buenache de Alarcón (Losada, 1966: 49, fig. 26, 1) o Las Madrigueras (Almagro Gorbea, 1969: 131-132, tabla X, 1-7 y 14-16) entre otros (Mena, 1984: 113, fig. 61), en la segunda—, se documentan con bastante frecuencia estas producciones grises que se fechan uniformemente en los siglos IV y III a. C. Si estos vasos llegan a Sepúlveda más que a otros yacimientos segovianos es debido, precisamente, a la posición geográfica privilegiada en la que se encuentra para el contacto con las poblaciones del Alto Tajo, a través de enclaves como el castro de La Dehesa de la Oliva, (Patones de Abajo, Madrid)⁷, el que perteneció a la necrópolis del Altillio de Cerro-

⁷ El conjunto numismático exhumado durante las excavaciones de E. Cuadrado establece unos límites cronológicos para su fase antigua entre 105 a. C. y 423 d. C. (Cuadrado, 1991: 231-232). Sin embargo, existen estructuras arqueológicas y materiales anteriores, remontables tal vez al siglo III a. C., según el citado investigador (1991: 192). Basándose en campañas posteriores, algunos autores proponen fechas de hacia los siglos VII-VI a. C. para el inicio de este castro (Blasco *et alii*, 1995: 204), lo que significa que ya existía cuando están en auge las cerámicas grises.

pozo (Cabré, 1930) o los de La Horca (Riba de Santieste), el Alto del Castro (Riotoví del Valle) o El Atance, estos tres últimos en la región seguntina (Morère, 1983: 30-36, mapa 2).

Ya en cerámica anaranjada, las fuentes y copas profundas están modestamente representadas en Sepúlveda (Fig. 7, 6-10). Todas las variantes documentadas comparecen en la tipología raudense (Sacristán, 1986b: 171-175, fig. 13, 1-5, fig. 14, 1, láms. XXXII-XXXVI), correspondiendo en conjunto a la *etapa plena* celtibérica. También a ella son adscribibles la mayor parte de los cuencos simples y los boles sepulvedanos (Figs. 8, 9 y 10, 1-5). Sin decorar o únicamente pintados con bandas horizontales, ondas o semicírculos concéntricos, una vez más se puede decir que son las formas más ampliamente representadas en los yacimientos de cultura material celtibérica (por ejemplo, Wattenberg Sanpere, 1963: 175-176, tabla XX y 181-186, tablas XXIV-XXVI; Wattenberg García, 1978: Formas II-IV y XIV-XIX; Sacristán, 1986b: 168-169, fig. 12, láms. XXVIII-XXXII⁸; Sanz, Gómez y Arranz, 1993: 130 y ss., fig. 1, A-E, fig. 2, G-L, etc.). Sus características formales y decorativas nos hacen pensar en una cronología muy dilatada y aunque en su mayor parte deben de corresponder a los siglos III y II a. C., algunos de ellos habría que encuadrarlos dentro de la mal llamada "fase tardoceltibérica" (Fig. 8, 6, Fig. 9, 2, Fig. 10, 4), señalando así los últimos momentos de ocupación del castro.

A pesar de no contar con formas completas, lógicamente, las bases de estos cuencos y boles son tanto planas como umbilicadas y realzadas (Fig. 13, 5-16), muy molduradas estas últimas. Los que son bastante infrecuentes en los yacimientos prerromanos segovianos son los altos fustes de copa (lisos o moldurados), en contraste con la popularidad que adquieren en el Alto Duero o en la cercana Roa, por ejemplo (Sacristán, 1986b: 172-173, fig. 13, 13-16, lám. XLII, 1-5).

⁸ Aunque J. D. Sacristán englobó dentro de la denominación de "copas" también los cuencos simples, al suponer que casi todos tienen un pie realzado y muy excepcionalmente base plana (Sacristán, 1986b: 173), ante la falta que nosotros tenemos de formas completas en Sepúlveda dejaremos abierta la posibilidad de que las bases pudieran haber sido tanto elevadas como planas, estas últimas muy corrientes en Coca, por ejemplo.

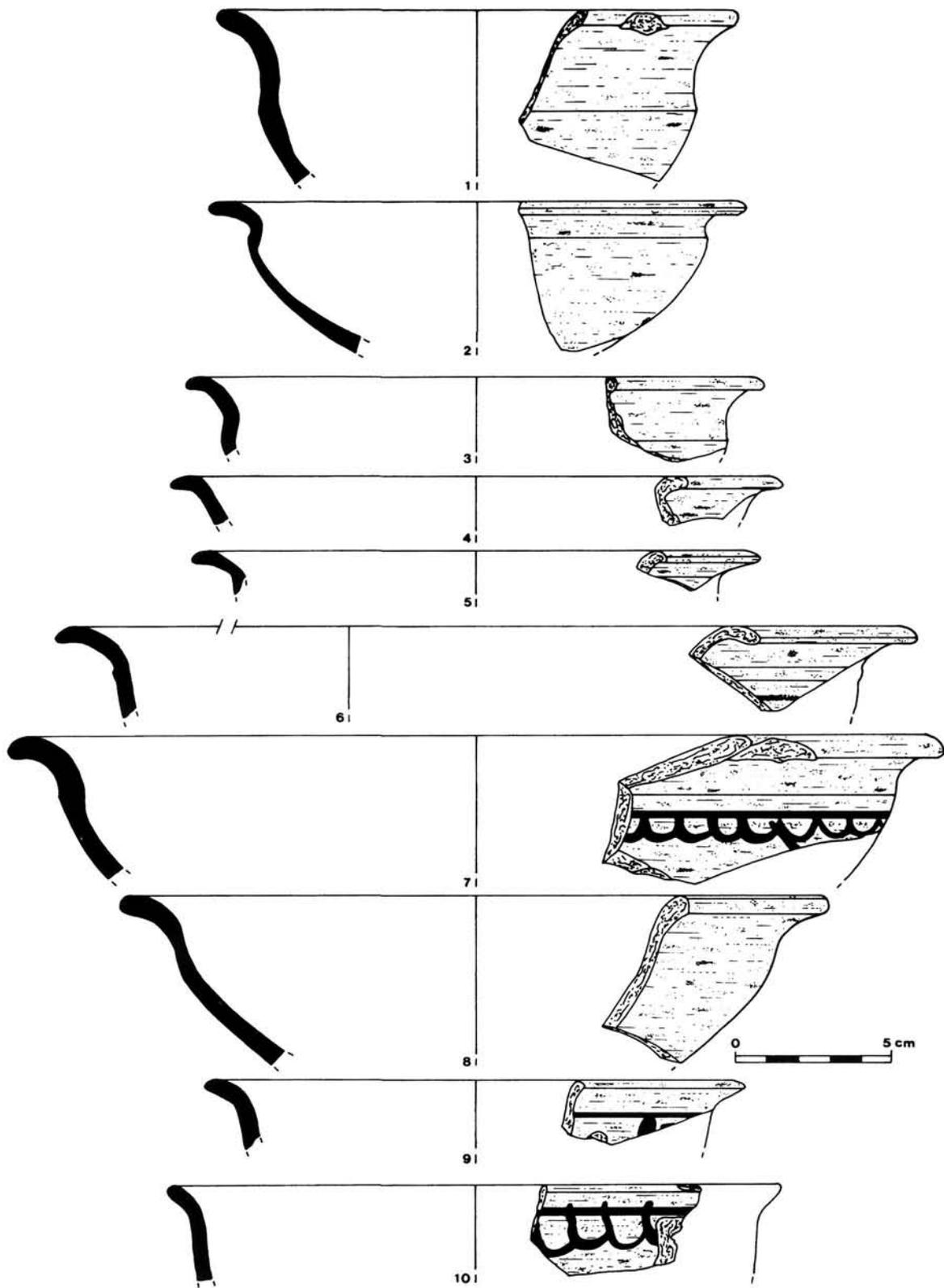


FIG. 7: Cuencos y copas. 1-5, de pastas grises, bruñidas; 6-10, de pastas anaranjadas, lisos y pintados

Emparentados formalmente con los cuencos, se documentan en Sepúlveda algunos productos que nunca suelen faltar en poblados de su misma filiación cultural: vasos de perfil en "S" (Fig. 10, 6-9), lo que parece ser un embudo (Fig. 10, 10) y un fragmento de "mortero" de borde engrosado (Fig. 10, 11). Menos frecuentes en los yacimientos celtibéricos son los *kalathoi*, de los que aquí anotamos dos variantes tipológicas. La primera de ellas es de perfil clásico, borde engrosado y aunque debió de estar pintado, no se conservan restos de tales pinturas (Fig. 11, 1). La segunda pertenece a un tipo algo más raro, de paredes sinuosas y molduradas, posiblemente de cronología más tardía que el anterior (Fig. 11, 3), como muestran los ejemplares de Roa (Sacristán, 1986b: lám. LI, 1 y 2) o Numancia (Wattenberg Sanpere, 1963: 158, tabla VIII, 238), por ejemplo. Al ser el *kalathos* uno de los tipos cerámicos más característicamente ibéricos, es lógico que en la Meseta Norte la mayor concentración de los mismos se dé en su parte oriental, por lo que no tiene nada de extraño su presencia en Sepúlveda.

Siguiendo con los vasos "de mesa", si ahora pasamos a los recipientes cerrados, los primeros que llaman nuestra atención son una botella que aparenta ser de dimensiones pequeñas (Fig. 11, 5) y dos estrechas bocas que pueden pertenecer tanto a botellas como a cantimploras u otros vasos de cuerpo cilíndrico (Fig. 11, 2 y 4). Respecto a la primera, pertenece a un tipo poco frecuente en el Valle del Duero. Las más comunes son las globulares, de "boca de seta" (Wattenberg Sanpere, 1963: 187, 783, tabla XXVII, 783) o con el borde poco volado (Sacristán, 1986b: 177, fig. 14, 3, lám. XLIV, 10-16), pero no estas de cuello abocinado.

Al menos tres fragmentos cerámicos pertenecen a jarras. En dos de ellos se conserva la huella que dejó el asa al desprenderse, perteneciendo uno al tipo de jarra de cuerpo bulboso y el otro al de cuerpo casi recto (Fig. 11, 6 y 7, resp.). En ambos casos, la decoración pintada se resuelve en bandas horizontales entre las que se disponen frisos metopados. En un tercer fragmento de posible jarra, de una calidad técnica muy superior a los dos anteriores, una decoración pintada de carácter geométrico sirve de marco a un singular pez, también pintado, cuyo interior se ha rellenado de geometrismos (Fig. 11, 8, Lám. I, 1). Este es un vaso policromo en el que se ha empleado la pintura anaranjada, ocre/negra y blanca para el

fondo del citado pez y el friso superior. Allí donde se conocen amplios repertorios de decoraciones figurativas celtibéricas en cerámica, el pez es (junto con el caballo) el animal más representado (Romero Carnicero, 1976: 149 y 153; Blanco García, 1995: 217, fig. 2, 1-8). Sin embargo, en pocas ocasiones encontramos ejemplares tan artísticamente elaborados como este. Si acaso, alguno de los numantinos (p. ej. Romero Carnicero, 1976: 34, 83, fig. 20, 83) y uno que procede del castro caucense de la Cuesta del Mercado recientemente publicado (Blanco García, 1997: 185, fig. 2, 1, lám. I, 1).

Puede que un fragmento cerámico más correspondiera también a una jarra (Fig. 11, 9), pues paralelos formales no faltan (Wattenberg Sanpere, 1978: 142, 106; Burillo, 1980: 48, fig. 7, 5), pero también pudo pertenecer a otros tipos de vasos (Beltrán Martínez, 1988: 47, inf. izq.; Wattenberg García, 1978: 22, Forma IA y 40-41, Formas XXVII A y B). Dependiendo de que lo interpretemos como parte de una forma u otra, su cronología varía, pero, en cualquier caso, a juzgar por su decoración no creemos errar si lo fechamos entre mediados del siglo III y el I a. C.

Más precisión cronológica podemos ofrecer para los fragmentos cerámicos 10 y 11 de esta Fig. 11. De pasta gris, bruñidos exteriormente, decorado el primero con incisiones paralelas entre sí a lo largo de carenas y el segundo con circulitos impresos, responden a una característica especialidad vascular que en el centro del Valle del Duero proliferó en las últimas décadas del siglo II a. C. y las primeras del siguiente, hasta época sertoriana (Blanco García, 1993). *Ulaca*, Segovia, El Cerro de la Virgen de Tormejón, Coca, la Cuesta del Mercado, Pesquera/Padilla de Duero o Tariego de Cerrato son algunos de los enclaves en los que estas cerámicas grises aparecen con cierta abundancia y, además, todos ellos designan una línea según la cual cuanto más al Este de la misma menor presencia de estos productos que parecen querer imitar prototipos argénteos⁹. Hacia occi-

⁹ De esta idea, expuesta en su día por Esparza (1986: 263), en nuestro trabajo monográfico de 1993 nos hicimos plenamente partícipes (Blanco García, 1993: 123 y 132), así como del hecho de que estén ya en el mundo de Cogotas II los precedentes de las estampillas que ornaban estos vasos grises (*Id.*, 1993: 132). No nos explicamos, por tanto, cómo recientemente se nos ha criticado el no haber valorado ambos aspectos cuando son tan evidentes y de ellos dejamos cumplida constancia (Sanz Mínguez, 1997: 310).

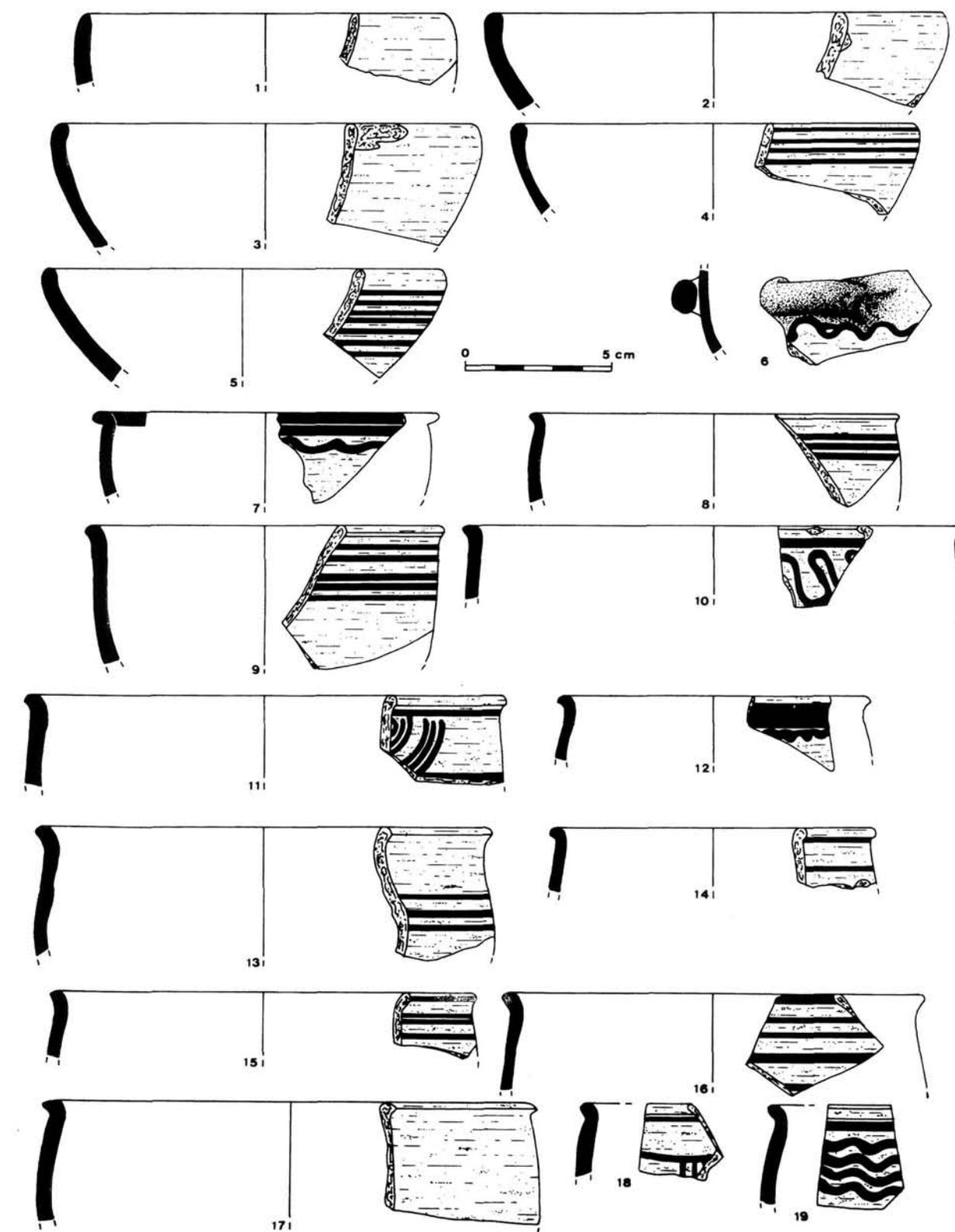


FIG. 8: Cuencos, copas y boles, de pastas anaranjadas, lisos y pintados.

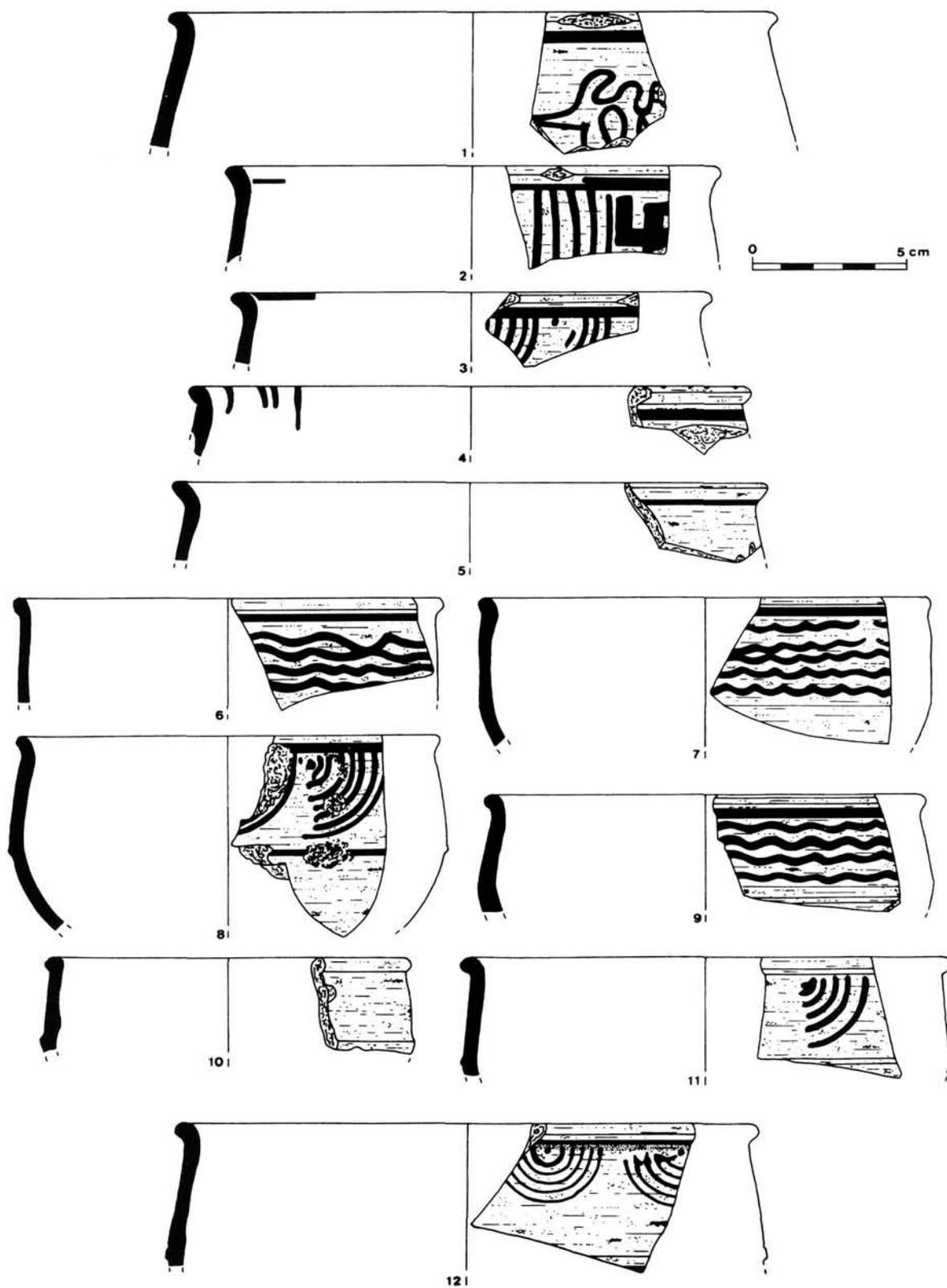


FIG. 9: Boles de pastas anaranjadas, lisos y pintados.

dente de la misma, son muchos los yacimientos en los que están presentes estas cerámicas: Las Paredejas, Simancas, Soto de Medinilla, Pago de Gorrita, Fuentes de Ropel, el Viso de Bamba, etc. Sepúlveda sería uno de los escasos yacimientos de la mitad oriental de la provincia de Segovia en los que se constatan y más al Este –p. ej. en Roa, Langa de Duero, Uxama, etc.– ya no se conocen, al menos por ahora.

Sumando las grises importadas de los siglos IV-III a. C. que más arriba hemos visto a estas otras tardías, la cerámica gris en Sepúlveda sólo representa el 3,13% del conjunto vascular “fino” fabricado a torno¹⁰. Como es habitual, la abrumadora mayoría corresponde a los vasos cocidos en ambientes oxidantes. Muchos fragmentos cerámicos de pasta anaranjada y de los que no sabemos más que su pertenencia a formas de cuerpo globular, nos ofrecen un abanico de decoraciones pictóricas muy ilustrativo (Fig. 12). Aunque casi todos ellos muestran composiciones de carácter geométrico, cabe la posibilidad de que en algunos casos estemos ante representaciones figurativas (Fig. 12, 20-22, 24 y 25). Lo que sí salta a la vista es que en este conjunto el espectro cronológico es bastante amplio, desde el siglo IV hasta finales del I a. C., siendo más numerosos los fragmentos de baja época que los antiguos. Incluso varios de ellos son indudablemente “tardoceltibéricos” (Fig. 12, 7-9).

La única representación que la cerámica de cocina tiene en Sepúlveda corresponde a ollas (Fig. 14), aunque tal vez para algunos vasos habría que hablar más bien de *dolia* (Fig. 14, 5 y 6). Ninguna de aquéllas está completa, por lo que desconocemos su altura y el tipo de base que tenían (presumiblemente umbilicada), pero sus perfiles de boca y hombro nos permiten clasificarlas como del tipo “Rauda A” (Sacristán, 1986b: 198-199, fig. 17, 2, láms. LXIV y LXVII, 13). Este tipo de olla posee una amplia dispersión geográfica en el Valle del Duero y su cronología cubre varios siglos, pues en Coca, por ejemplo, está presente ya desde al menos pleno siglo III a. C. (Romero, Romero y Marcos, 1993: 246-248, fig. 8, A-714, A-717 y fig. 11, D-553;

¹⁰ Esta proporción va referida únicamente a la selección que recogemos en nuestra documentación gráfica, no al monto total de cerámicas torneadas sepulvedanas que han pasado por nuestras manos durante la elaboración de este trabajo. De haber tenido en cuenta la totalidad de ellas, la diferencia proporcional hubiera sido más extrema.

Blanco García, 1998: fig. 8, 2) y hasta el siglo I a. C. no empieza a periclitar. Las necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero) y Las Erijuelas (Cuéllar) certifican cómo a mediados del siglo IV a. C. ya se están fabricando (Sanz Mínguez, 1993: 389, fig. 5, 8; *Id.*, 1997: 92, fig. 85, C; Barrio, 1988: 408 y tabla III) y, al igual que hemos observado en Coca, durante la primera mitad del siglo I a. C. se siguen produciendo en el alfar de La Carralaceña (Sanz Mínguez y Escudero Navarro, 1995: 297, fig. 10, último de la segunda fila).

Del conjunto de pesas de telar que aquí recogemos sabemos fehacientemente que proceden del castro las cinco que se conservan en la Col. Cristóbal (Fig. 15, 1-5). Las otras dos, la especie de canutillo y las once canicas que completan esta Fig. 15 forman parte del lote de materiales que desde la Col. Cerralbo ingresó en el M.A.N. en 1940 y de cuyo origen sepulvedano ya hemos manifestado nuestras dudas.

Más interés que esta serie de objetos cerámicos, comunes en cualquier yacimiento celtibérico, tienen dos pequeñas figuritas zoomorfas de barro anaranjado halladas en el poblado y que pertenecen a la citada colección particular. De la primera de ellas sólo se conserva la cabeza y parte del cuello (Fig. 16, 1, Lám. I, 2), a lo largo de cuyo eje longitudinal se practicó un punzonamiento posiblemente para alojar una espiga (de madera, hueso o metal, tal vez) con la que sujetar la cabeza más firmemente al cuerpo del animal en cuestión. La erosión que ha sufrido impide que sepamos si estuvo cubierta de algún tipo de engobe o pintura. Tampoco podemos saber si constituía una figura exenta o era el remate decorativo de algún objeto y, mucho menos, su funcionalidad, pues las posibilidades son diversas (juguete, exvoto, aplique, etc.). A juzgar por sus rasgos faciales y las anchas orejas que muestra (aunque en la plástica celtibérica muchos de esos rasgos son polivalentes a animales distintos), podría ser la representación de un suido, de un pequeño verraco, pero también de un perro. Es cierto que el largo cuello es más propio de los perros que de los verracos, pero este no es un rasgo definitorio porque se puede explicar sencillamente por cuestiones de funcionalidad del objeto físico.

Menos problemas plantea la otra figura de barro, durante cuya elaboración se han dejado

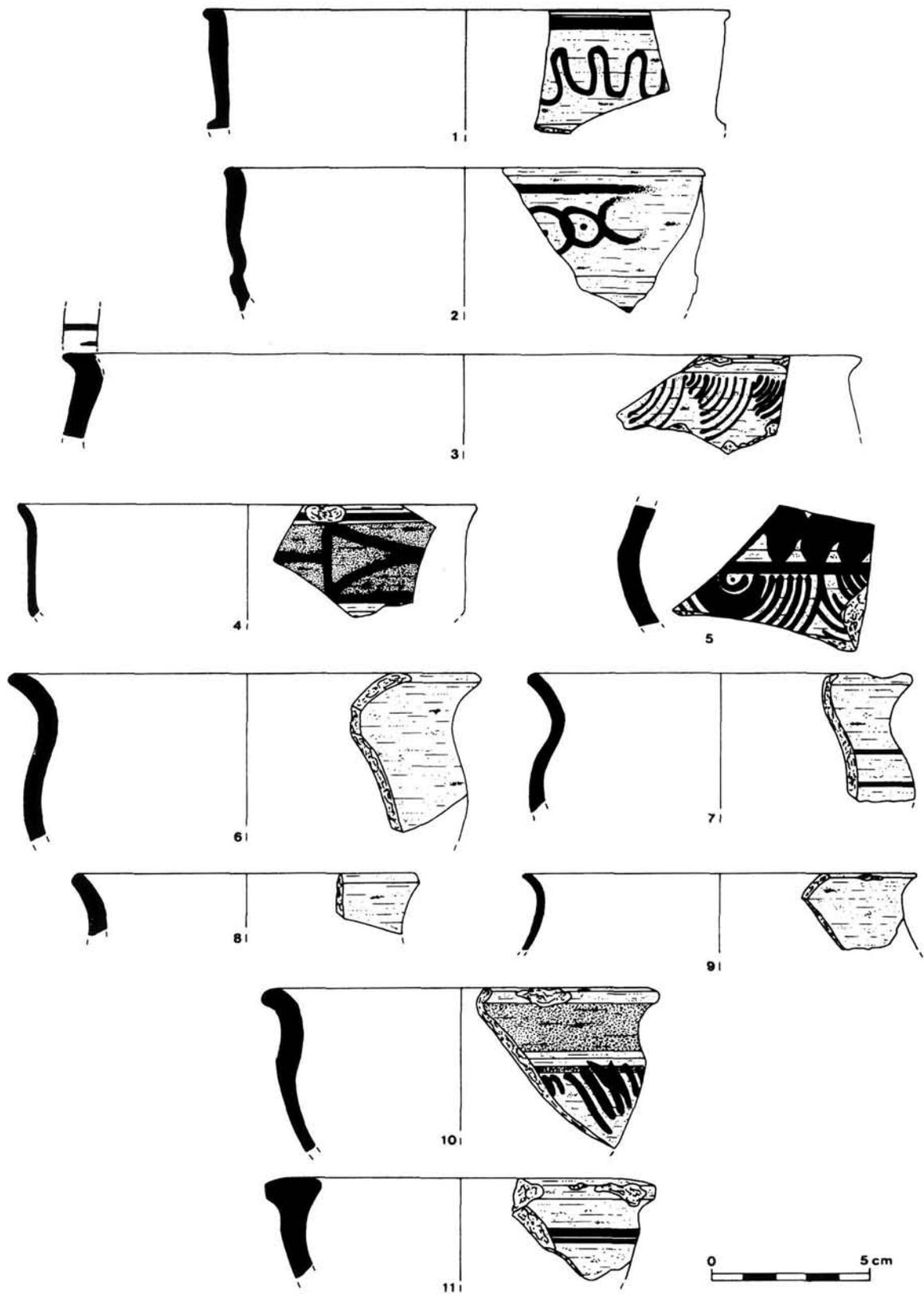


FIG. 10: Vasos de pastas anaranjadas. 1-5, boles; 6-9, perfiles en "S"; 10, embudo o copa; 11, "mortero"

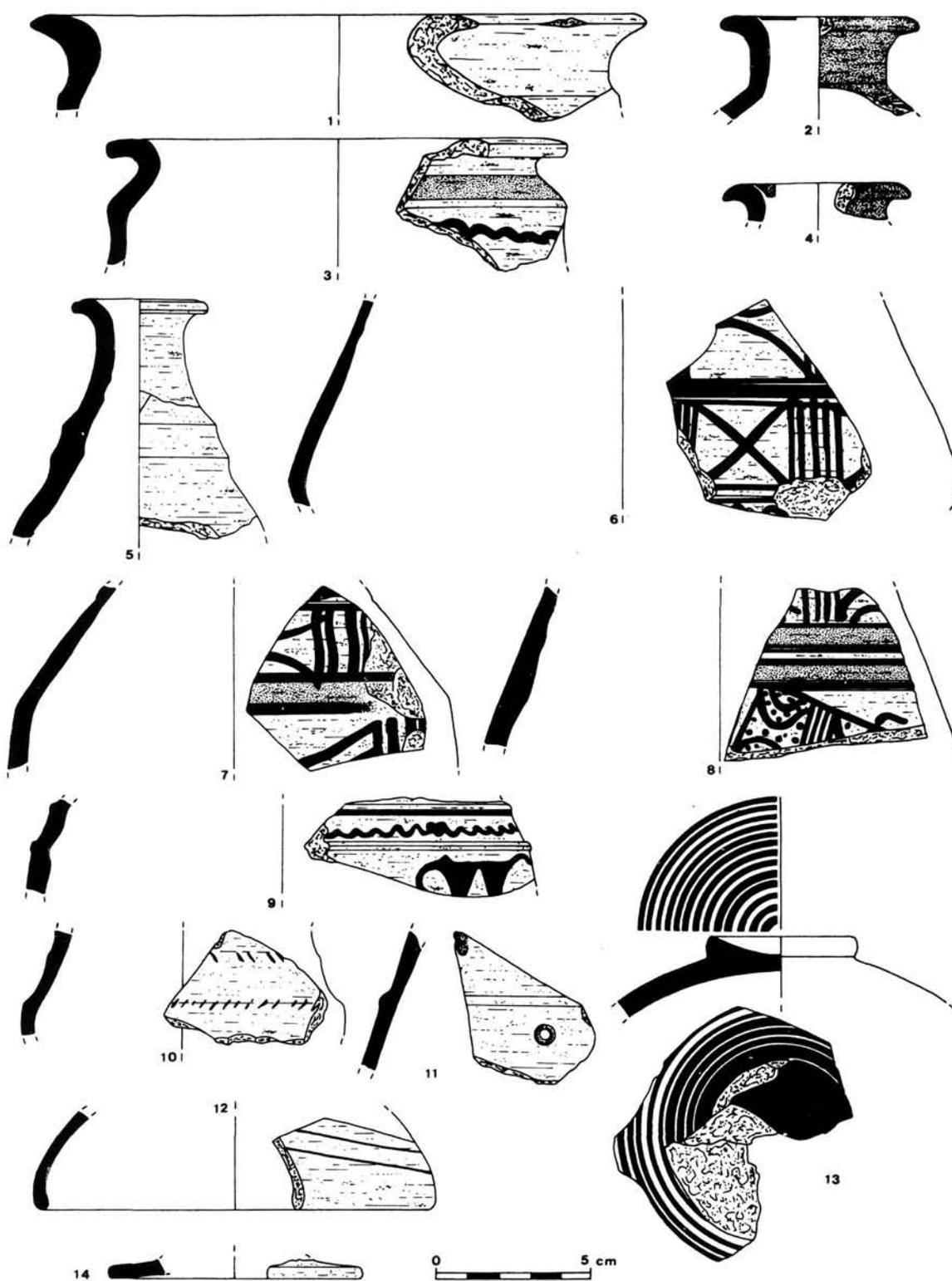


FIG. 11: *Formas varias. En pastas anaranjadas: 1 y 3, kalathoi; 2 y 4, bocas pintadas de botella o cantimplora; 5, botella; 6-8, jarras (esta última policroma y con un pez pintado); 9, posible jarra; 12 y 13, cuencos-tapadera (este último decorado con pintura roja vinosa); 14, base. En pasta gris: 10, jarrito con decoración incisa); 11, hombro con decoración impresa.*

impresas varias huellas dactilares (Fig. 16, 2, Lám. I, 3). A pesar de tener algunos golpes que han hecho saltar la pasta y estar algo erosionada, se conserva casi todo el objeto, tal como se modeló en época celtibérica. Se trata de la figura de un gallo. Cuando (una vez limpios de tierra dos orificios que tenía en su base) comprobamos que el objeto en cuestión era un silbato, pues aún emitía un sonido agudo de gran intensidad, forma y función quedaron coherentemente unidas. Son difíciles de identificar este tipo de objetos celtibéricos y sólo si se conservan completos y siguen produciendo sonido, como es este el caso, podemos asegurar que se trata de un silbato. Los únicos objetos arqueológicos prerromanos del Valle del Duero que se identificaban con silbatos eran ciertas piezas labradas en asta de cérvido, pero recientemente están siendo interpretados como camas de bocado de caballo (Escudero y Balado, 1990), aunque esta nueva propuesta no a todos convence.

No es una casualidad que en la fabricación de un silbato en arcilla se haya elegido la figura del gallo como modelo iconográfico. A este ave le hicieron depositaria de múltiples contenidos simbólicos la mayoría de los pueblos mediterráneos de la Antigüedad, así como los del centro y norte de Europa. De presumible origen iranio, era símbolo solar y guerrero, de las fuerzas de la luz, siempre enfrentadas a las nocturnas, a las del inframundo (Toutain, 1917-18: 253; Eitrem, 1938: 72 y ss.; Arnoud de Gremilly, 1958; Green, 1989: 57-58, 67-68, 142, 174; *Ead.*, 1992a: 62-63; *Ead.*, 1992b: 22-24, 125-126, 181). Entre los pueblos prerromanos de la Meseta, del gallo como símbolo se hizo un amplio uso (semises de *Arekorata*, vasos de *Arcóbriga* y *Numancia*, etc.), con significados polivalentes, intuimos, más no creemos oportuno en esta ocasión entrar en tan apasionante tema¹¹. De todas formas, no nos parece que al silbato de Sepúlveda haya que buscarle a ultranza interpretaciones mágico-religiosas o emblemáticos significados. No creemos necesario ir más allá de la evidente relación que existe entre la función del objeto y la cualidad más característica y universal de este animal: su canto.

¹¹ A este respecto, pueden consultarse Blázquez, 1983: 269; Marco Simón, 1983-84: 79, nota 51; Sopeña, 1987: 112-114.

Los restos metálicos de posible adscripción prerromana hallados en el Cerro de Somosierra que se conservan en la Col. Cristóbal son muy escasos, poco significativos desde el punto de vista cultural y están fragmentados. Una pequeña lámina de bronce, un remache del mismo metal, un lingotito de hierro, un trozo de espiga perteneciente a alguna herramienta o arma y poco más. La ocupación medieval y moderna del Cerro hace posible que parte (si no todos) de estos materiales tan poco significativos puedan remontarse a estos momentos recientes también. El único elemento metálico de indudable carácter indígena hallado en el poblado es un as de *Obulco*, bastante desgastado por la circulación y la erosión (Lám. I, 6). Con los nombres de los magistrados *TUITUIBORN* y *NTUAKOI* en el reverso, en dos líneas entre arado (arriba) y espiga con X junto al tallo (abajo), pertenece a una de las emisiones unciales reducidas de la ceca jienense, fechándose entre 150 y 120 a. C. (Arévalo González, 1987: 33). A pesar de que la provincia de Segovia está bastante alejada del área de circulación propia de las acuñaciones de *Obulco*, esta es la tercera moneda de dicha ceca que en ella se constata. La primera lo fue en el término de Turégano (Sagredo y Arribas, 1987: 153, 149, lám. XVII, 149) y la segunda en Coca (Blanco García, 1990: 13, 2, lám. de p. 15, 2)¹².

Ya en el M.A.N., y aparte del ajuar de la sepultura 2 de La Picota que luego veremos, se conservan otras piezas metálicas, que iban con el lote de Cerralbo, y que podrían provenir del castro: un cuchillo afalcatado de hierro al que le falta la punta (Fig. 17, 2, Lám. I, 7) y seis fíbulas de bronce (Fig. 18). De estas últimas, tres son anulares hispánicas del tipo de "navecilla", una cuarta podría ser también anular, otra es de pie vuelto y la sexta la podríamos clasificar ya como de puente zoomorfo (Fig. 18, 1-3, 4, 5 y 6, resp.). Sean de origen sepulvedaño o no, parece lógico pensar que cada una de estas piezas constituye un hallazgo independiente, que no formaron conjunto, pues la misma dilatada cronología que traducen (desde el siglo IV al I a. C.) invalidan de manera rotunda tal posibilidad. Desde luego, la más interesante de todas es la última que

¹² Por error editorial, las descripciones de anverso y reverso de las monedas 2 a 5 del catálogo no aparecieron en la publicación.

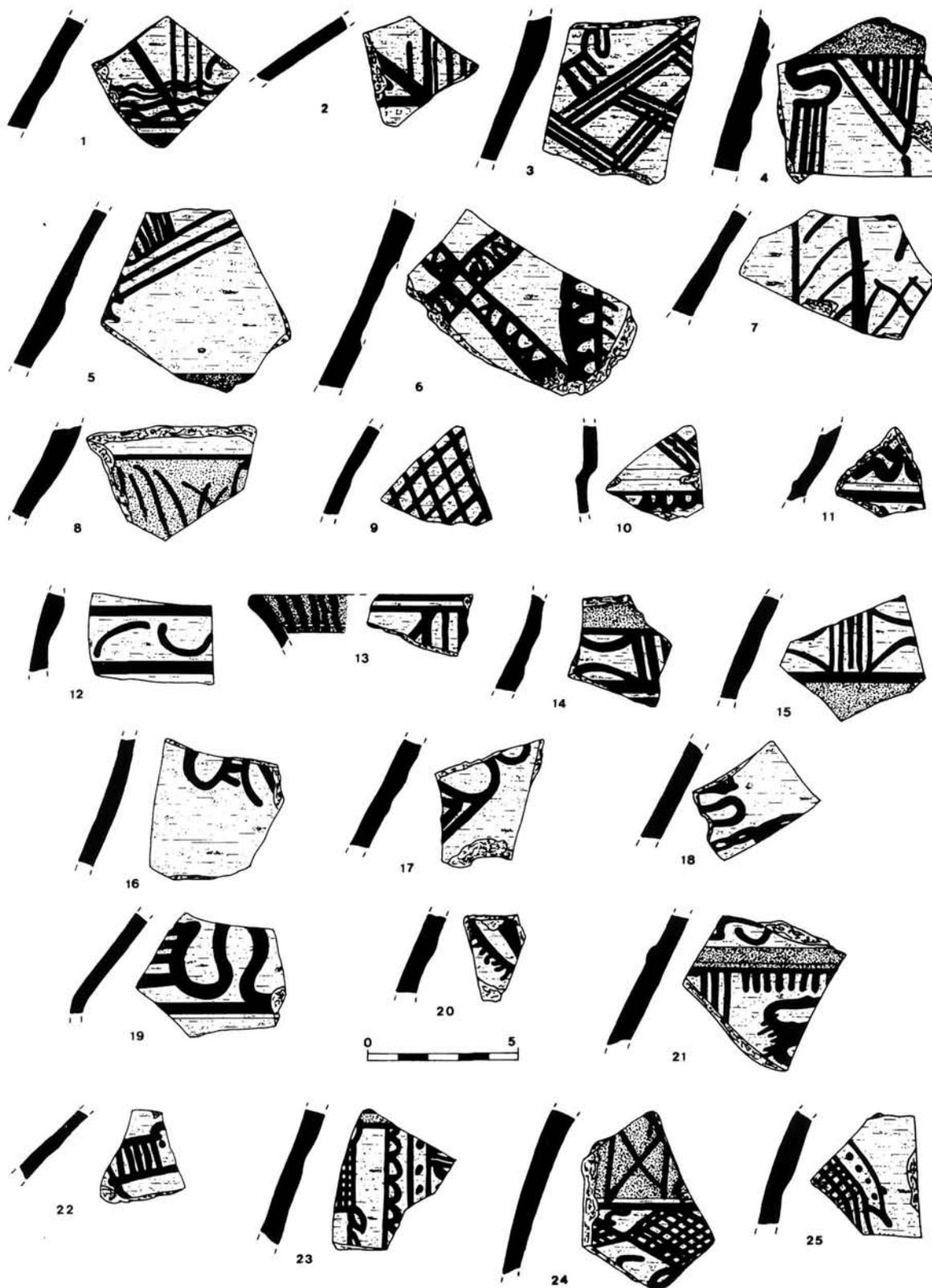


FIG. 12: Fragmentos pintados pertenecientes a vasos "de mesa", en pastas anaranjadas, algunos de ellos bicromos (4, 8, 13-15, 21 y 23) y policromos (24). Posibles decoraciones figurativas (20-22, 24 y 25).

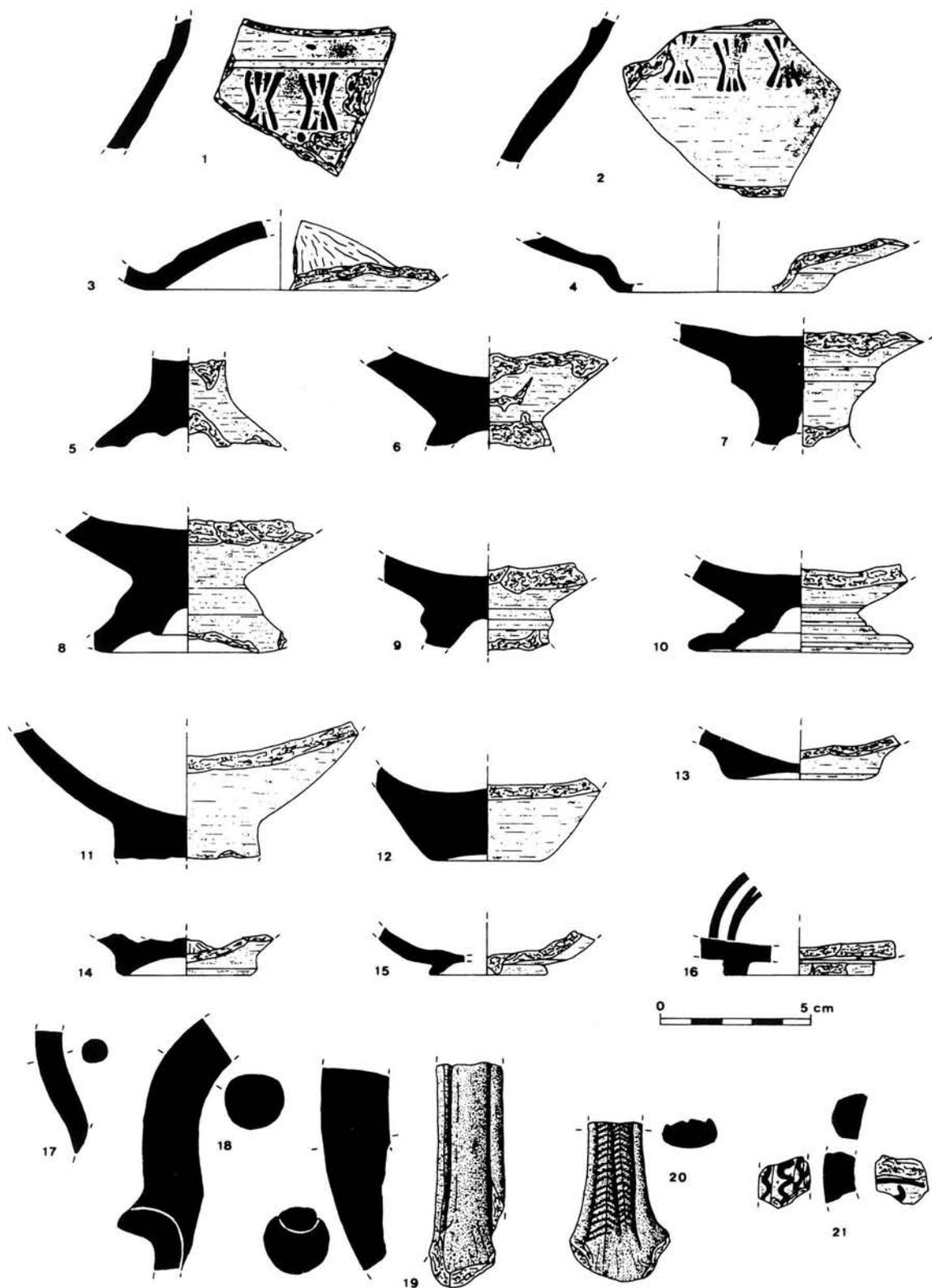


FIG. 13: Fragmentos diversos en pastas anaranjadas. 1 y 2, hombros con decoración de estampillas; 3-16, diferentes tipos de bases; 17-21, asas (las dos últimas con decoración incisa y pintada, resp.).

hemos citado, la más moderna presumiblemente. Dentro del considerable grado de abstracción vertido, pueden verse en el puente dos cabezas o prótomos de animales que miran en dirección opuesta (Fig. 18, 6, Lám. I, 5). La más próxima al pie podría identificarse con un verraco: grueso hocico con reborde, anchas orejas y testuz y lomo algo apuntados. No es la primera vez que tal animal aparece en este tipo de objetos, pues fíbulas con forma de verraco completo son conocidas por todos, aunque no los prótomos como en este caso. Casi adosado a su parte posterior, ya más cerca del resorte y mirando hacia él, vemos una pequeña cabecita de morro apuntado, tal vez perteneciente a un ánade o una serpiente.

De la vida económica en este castro es más lo que suponemos –por extrapolación de los datos de otros yacimientos ubicados en medios geográficos similares– que lo que podemos concretar con evidencias palpables. Ya hemos señalado cómo, basándonos en las características del entorno, en su elevada altitud (entre 950 y 1.050 m.s.n.m.), en la pobreza edáfica para un buen desarrollo de la agricultura y con el nivel técnico tan elemental que se tenía, lo lógico es pensar en un núcleo de fuerte vocación ganadera. Entre los restos superficiales que pueden verse en el castro son muy abundantes los óseos, aunque al haber estado habitado durante tantos siglos no necesariamente han de pertenecer a la época de la que estamos tratando. La agricultura debió de ocupar un puesto secundario en la economía sepulvedana de la Edad del Hierro. Junto a los fragmentos óseos, cerámicos o de adobes recogidos, pueden verse también en la superficie del cerro trozos de molinos barquiformes de granito y alguna que otra posible moledera. Es muy poco lo que aún sabemos acerca de los cultivos hortícolas en el Valle del Duero prerromano (San Miguel, 1995: 378), pero quizá en determinados puntos de las riberas sepulvedanas se hubieran desarrollado este tipo de explotaciones.

La necrópolis de La Picota

La fácil defensa que permitía el Cerro de Somosierra, tanto para sus habitantes como para el patrimonio ganadero que poseían –pues hay que pensar que la parte del mismo libre de casas servi-

ría para encerrar los ganados en esta época tan insegura–, propició que el espacio más apto para la ubicación de la necrópolis fuera el que se extiende por las laderas occidentales del Cerro de La Picota (véase Fig. 1). No había que vadear ningún río, quedaba fuera de un espacio urbano cerrado de manera natural por la topografía (¿y artificial en parte?), los enterramientos eran visibles (y, por tanto, defendibles) desde el castro, estaba muy cerca de éste, etc. La lógica de la que ahora, en situación de ventaja, podemos hacer uso, es obvio que se apoya en los descubrimientos de finales de los años cuarenta, cuando la localización de la necrópolis ya era un hecho. Pero aunque éstos no se hubieran producido, La Picota sería el lugar idóneo para su ubicación.

Por el momento, la de Sepúlveda es una de las ocho áreas necropolitanas del Hierro II que se conocen con cierta seguridad en la provincia¹³. La señalan dos sepulturas de las que sólo han llegado a nosotros sus ajuares metálicos, presumiblemente íntegros. La espada de antenas descubierta en 1947 (Molinero, 1949: 580; *Id.*, 1952; *Id.*, 1971: 74, 2661-80, lám. CXXXVIII-1, 80)¹⁴ podemos utilizarla para individualizar la sepultura 1, como ya hizo J. Barrio (1991: 347). A pesar de no conservarse íntegramente, su hoja (de 34 cm de longitud) es de filos rectos hasta los inicios de la punta, tiene nervadura central y acanaladuras a cada lado de la misma (Fig. 17, 1). La empuñadura es de sección circular algo aplanada y conserva parte de su decoración de hilos de plata embutidos (Zamora, 1987: 39). Tipológicamente, con la variedad con la que más concomitancias tiene es con las

¹³ Éstas son las de San Millán (Segovia), Las Erijuelas (Cuéllar), La Dehesa (Ayllón), Carabias (Pradales), Los Sampedros (San Miguel de Bernuy), zonas A y B del castro Cuesta del Mercado (Coca) y la aquí referida de La Picota. De las que tuvieran *Cauca* y el Cerro de la Virgen de Tormejón (Armuña), sólo disponemos de algunos indicios pero son insuficientes para ubicarlas con seguridad. Para otra serie de yacimientos ni siquiera existen tales indicios.

¹⁴ El que en la última publicación referida, junto a la espada se hayan dibujado varios fragmentos cerámicos, no significa que formaran conjunto, como en alguna ocasión se ha pensado. Esto se deduce del hecho de que espada y cerámicas corresponden a diferentes donaciones (74, 2.660 y 2.661) y, por tanto, lo más probable es que sean hallazgos independientes.

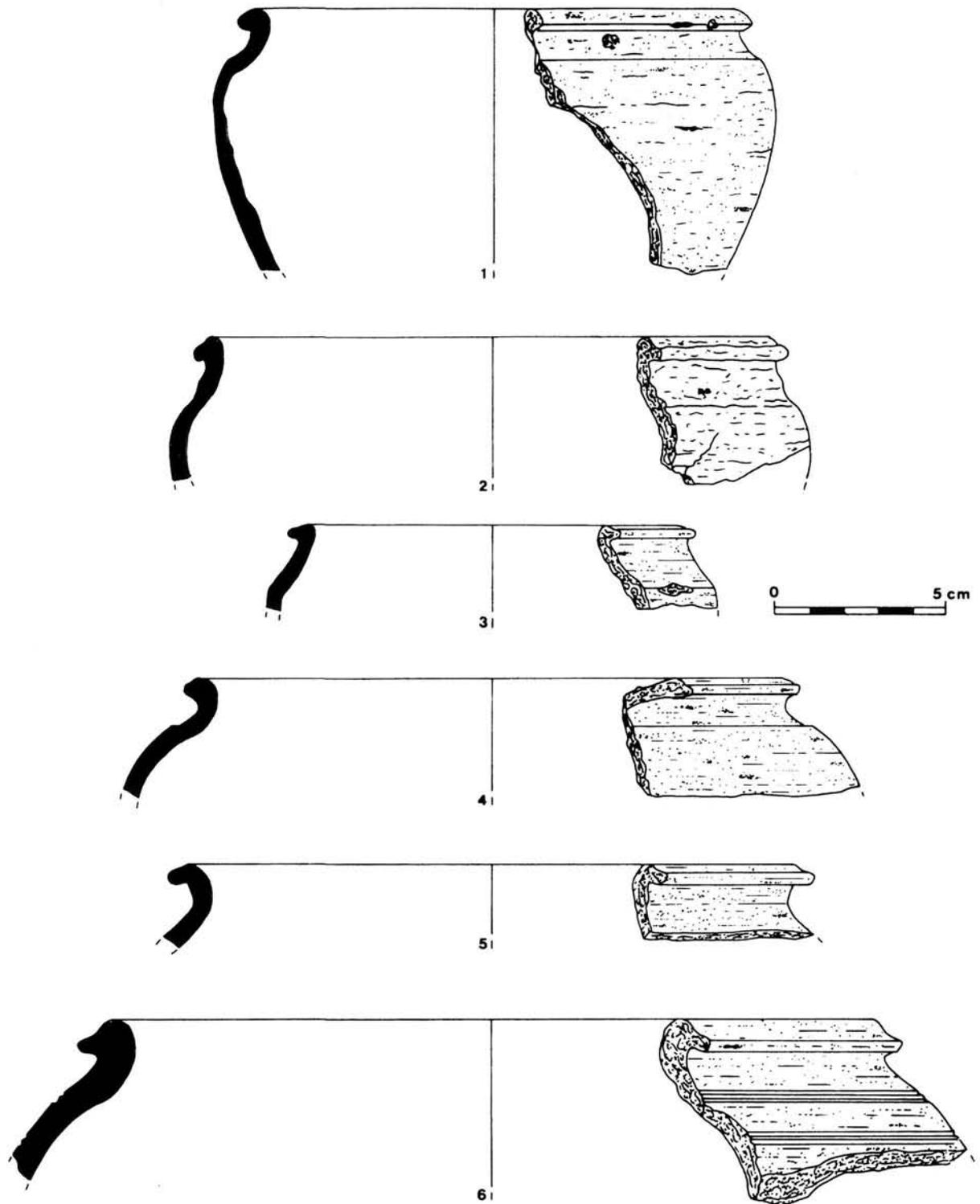


FIG. 14: Ollas y dolia en cerámica "de cocina"

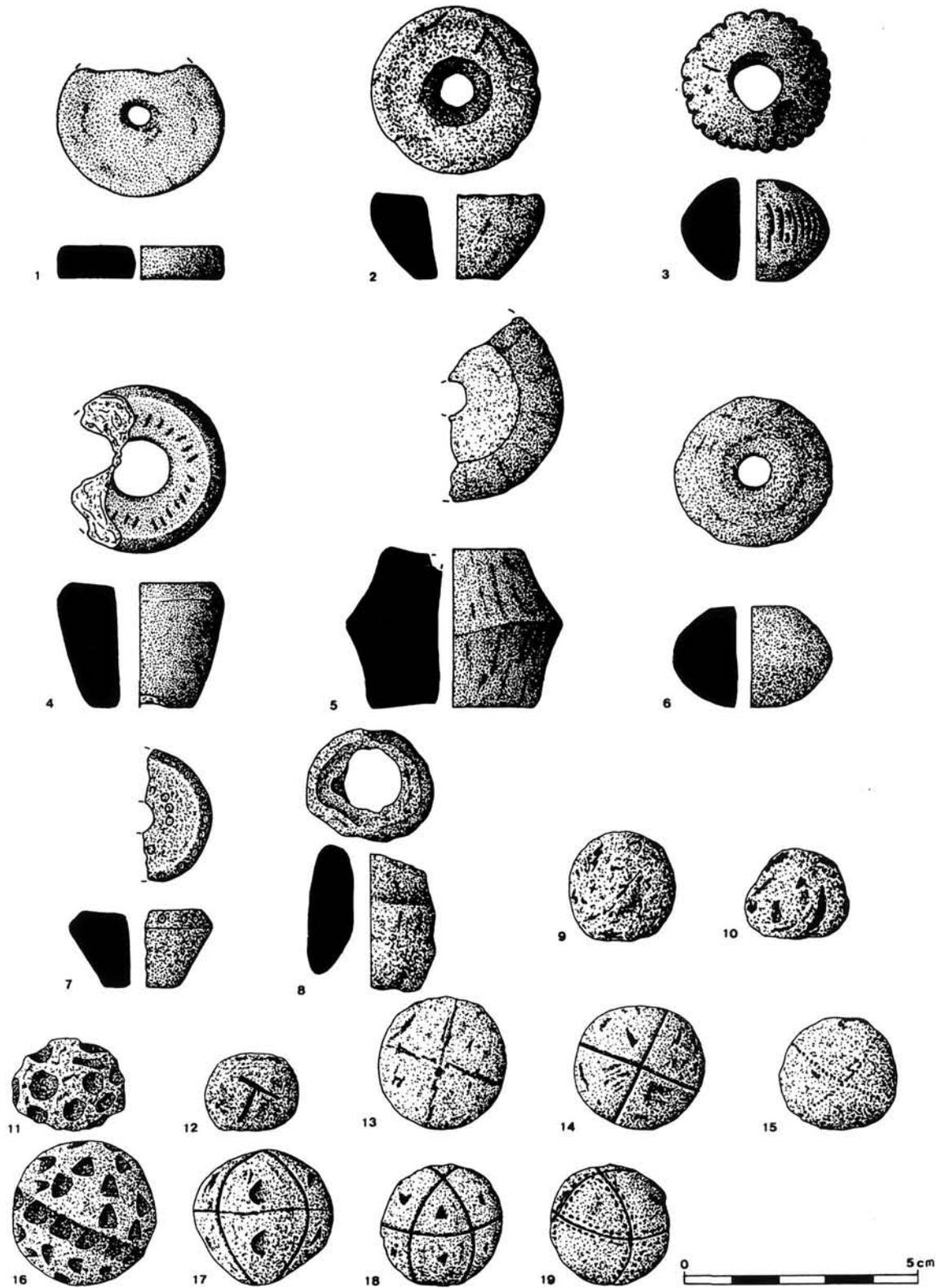


FIG. 15: *Objetos cerámicos varios. 1-7, fusayolas: lisas (1, 2, 5 y 6), incisa (3) e impresas (4 y 7); 8, canutillo; 9-19, bolas o canicas: lisas (9-10), con decoración incisa (13 y 14), impresa (11, 12, 15 y 16) o inciso-impresa (17-19).*

de tipo Atance y su cronología se puede situar en los siglos IV-III a. C.

Más numeroso fue el ajuar de la individualizada como sepultura 2, descubierta algo después que aquella y hoy custodiada en el M.A.N. (Gil Farrés, 1952 y 1954). Está compuesto por tres piezas de hierro y una de bronce: una espada de tipo Arcóbriga prácticamente completa, de hoja ligeramente pistiliforme; una larga punta de lanza de cuatro mesas, enmangue tubular y filos casi rectos hasta el arranque de la punta; otra punta de lanza también de cuatro mesas pero del tipo de hoja de sauce; y una fibula anular hispánica de puente de "navicilla" (Fig. 17, 3-6, Lám. I, 4). Las características tipológicas de cada uno de estos objetos y la composición del conjunto permiten dar una fecha global a esta sepultura entre los siglos IV y III a. C., durante la Fase II de A. Lorrio (1994: 230-236; *Id.*, 1997: 178-188).

Como ya señalara Gil Farrés al publicar este conjunto, y que puede hacerse extensible al hallazgo primero, parece evidente que estamos ante dos sepulturas de guerrero, de personajes influyentes social y económicamente dentro de la comunidad prerromana sepulvedana. En esa época la guerra juega un papel muy importante para estos pueblos meseteños cuyas sus élites guerreras se hacen incinerar con la panoplia que en vida les dio poder y prestigio, con los símbolos que les caracterizaron dentro del cuerpo social.

Conclusiones. Sepúlveda en el marco de la Segunda Edad del Hierro segoviana

En el origen de la ocupación del Cerro de Somosierra se encuentran sus excelentes condiciones topográficas y geográficas: es un bloque calizo aislado de las tierras de su entorno por el considerable encajamiento de los dos ríos que lo abrazan y que han labrado unos pronunciados contornos; fácil de defender, por tanto; con abundantes recursos hídricos y económicos en sus inmediaciones (sobre todo pecuarios); a no mucha distancia de los veneros ferruginosos de las cabeceras del Duratón; próximo a los pasos de Somosierra, en la vía natural que, a lo largo del Duratón, une los pastizales de montaña con las vegas bajas del Duero (y que tiene al importante núcleo demográ-

fico de Padilla de Duero en el extremo septentrional del ramal, algo muy a tener en cuenta), etc. Sin embargo, todas estas ventajas no cuajaron en la formación de un gran núcleo urbano de la Segunda Edad del Hierro a la manera de Segovia o Coca. De las cerca de veinticinco hectáreas teóricamente habitables que tiene el Cerro de Somosierra (aunque nada cómodas para los desplazamientos internos), el poblado parece que no debió de ocupar más de siete u ocho y, aun así, habría que preguntarse si a lo largo de esos siglos estuvo dicha extensión simultáneamente habitada, si se trataba de un urbanismo compacto o diseminado, etc. Los restos arqueológicos de superficie suministran información global con la que, a grandes rasgos, poder hacer una aproximación espacio-temporal al yacimiento pero difícilmente señalan estos otros detalles, salvo que se hiciera un exhaustivo y minucioso estudio microespacial.

Hasta la Segunda Edad del Hierro, los elementos que testimonian presencia humana en el Cerro de Somosierra son escasísimos y de difícil valoración. Algunos indicios del Bronce Final y del Hierro I puede que nos estén indicando una utilización de la ruta del Duratón en esos momentos, pero por ahora no podemos hablar propiamente de asentamientos humanos con carácter más o menos permanente en estas dos fases. Incluso los materiales que, forzándolos un poco, admitirían una fecha de pleno siglo V a. C., son ciertamente escasos. Sólo cabe hablar de la existencia de un poblado estable a partir del siglo IV a. C., seguramente desde inicios del mismo. Buena parte de los materiales que aquí recogemos son propios de ambientes de esas fechas, paralelizables con los de yacimientos como Roa, Cuéllar o Coca. A pesar de que poco a poco se van distinguiendo subfases dentro de la cultura material celtibérica, son aún escasos los elementos directores que permiten separar los restos del siglo IV de los propios del III a. C., presentándose ambas centurias de manera muy monolítica en cualquier yacimiento de la zona. La mayor parte de los materiales sepulvedanos parecen pertenecer a estos siglos, incluidos los ajuares de las dos sepulturas de la necrópolis de La Picota.

El II a. C. es un siglo de continuismo, desde el punto de vista de la cultura material, y a él puede adscribirse buena parte de los restos que aquí pre-

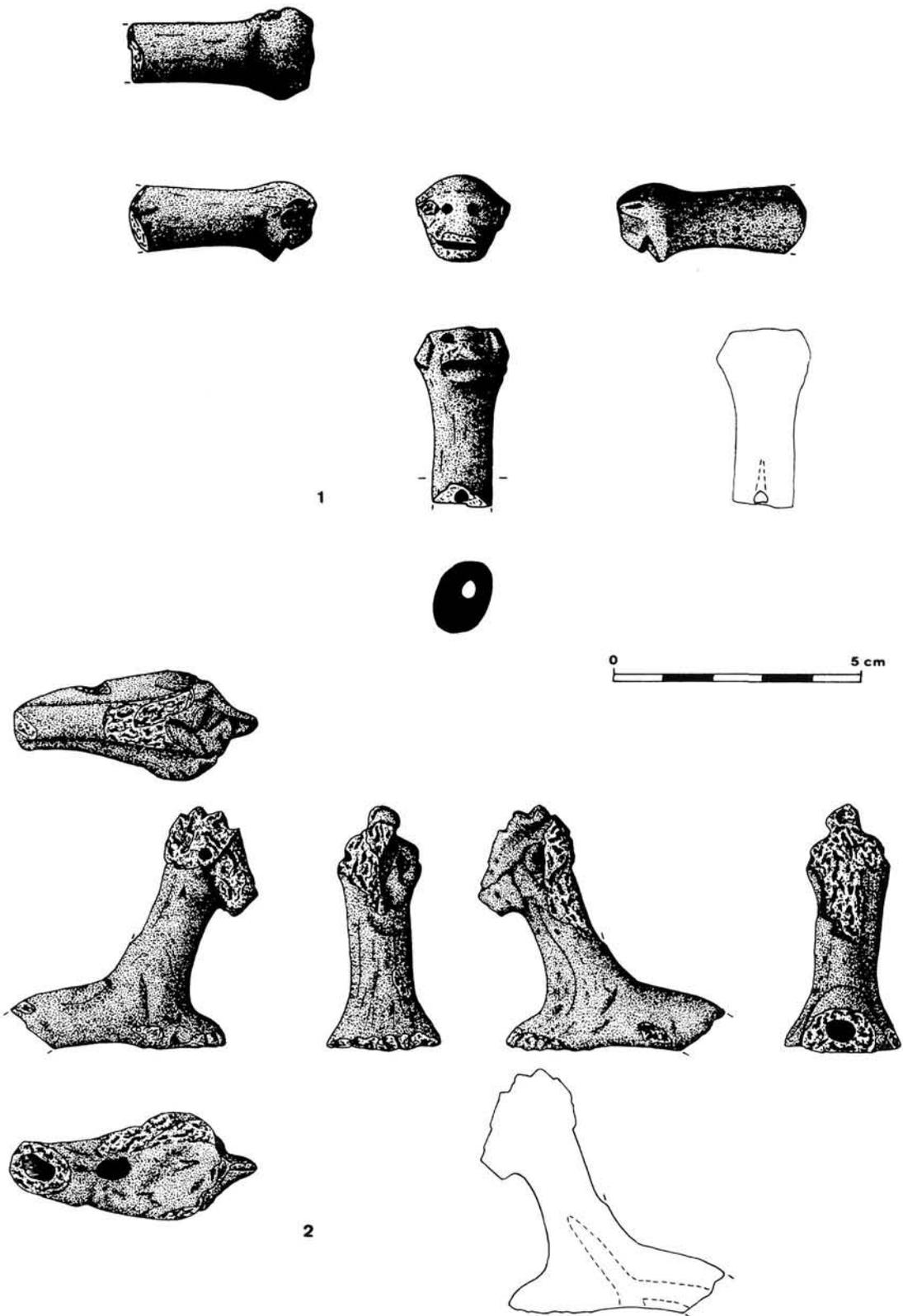


FIG. 16: Figuras zoomorfas modeladas en cerámica anaranjada. 1, perro o verraco; 2, silbato con forma de gallo

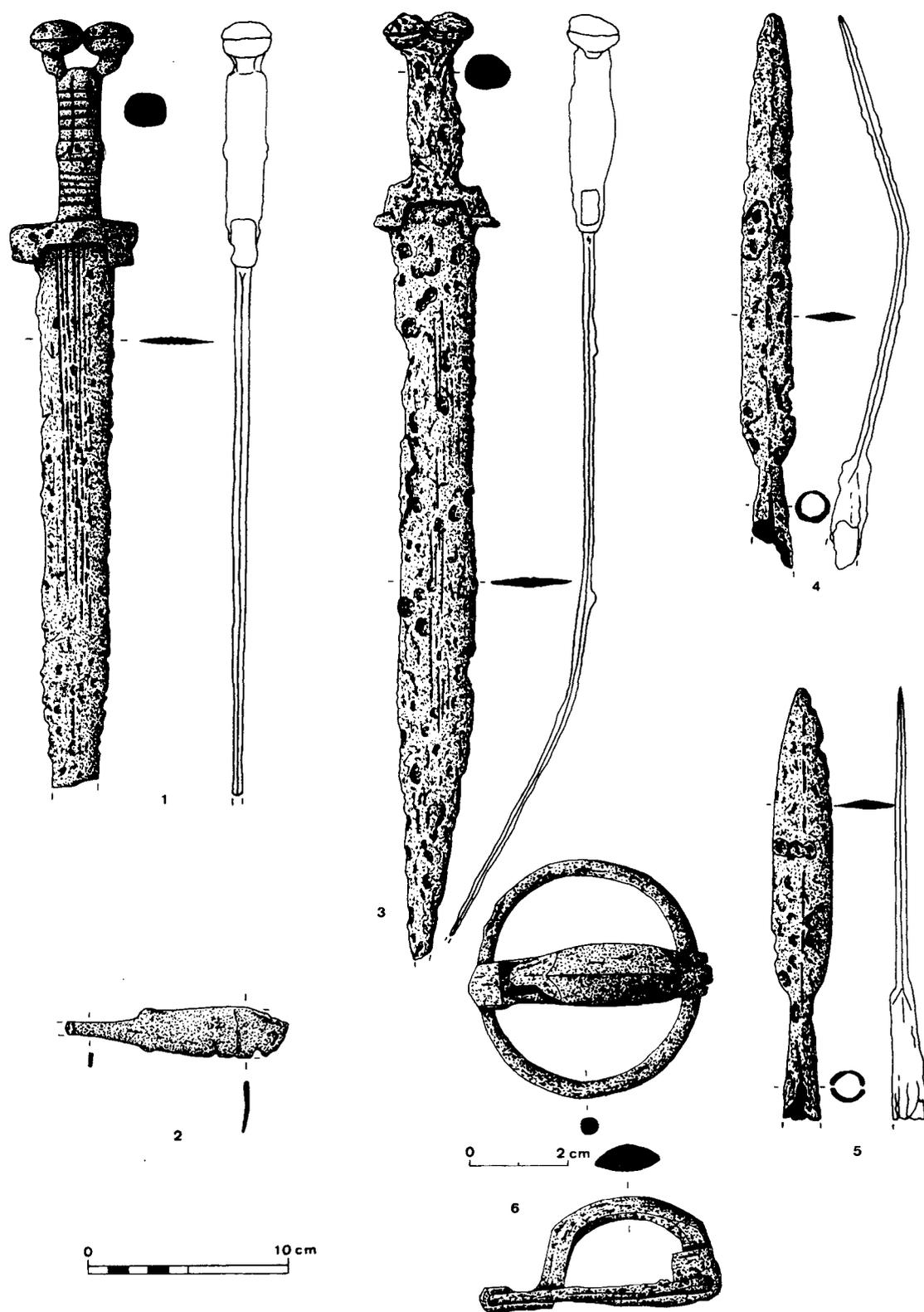


FIG. 17: Poblado. 2, cuchillo afalcatado de hierro. Necrópolis de La Picota. 1, espada de hierro de la Sep. 1; 3-6, ajuar de la Sep. 2 (espada y puntas de lanza, de hierro; fibula, de bronce).

sentamos: composiciones pictóricas de cierto barroquismo en la cerámica, formas evolucionadas, alguna fíbula, el as de *Obulco*, etc. No obstante, y en comparación con el volumen de materiales de los dos siglos anteriores, con los de este siglo en el que la región está inmersa en los avatares de la conquista romana, se tiene la sensación de que el yacimiento ha empezado a declinar. Un declinar que debió de ser bastante prolongado, pues a través de los restos arqueológicos no se detecta un final brusco, sino muy lento, algo que no ocurre en otros yacimientos de la región, que a mediados del siglo I a. C. quedan desiertos. Algunos fragmentos de cerámica gris estampada, de vasos polícromos con pinturas blancas, ornamentaciones geométricas muy barrocas y figurativas, una fíbula de presumible origen sepulvedano con representaciones zoomorfas en el puente, tal vez las dos figuritas modeladas en barro, etc., son elementos que apuntan hacia fechas de pleno siglo I a. C. Si a éstos añadimos la presencia de cerámicas claramente "tardoceltibéricas", en un número suficientemente representativo como para no deberlas considerar insignificantes y descolgadas de la dinámica histórica del castro, podemos decir que tras una larga "decadencia" éste se deshabita en un momento indeterminado de avanzado el siglo I a. C. Algún que otro objeto romano sí se ha encontrado en el castro, pero, estos sí, son de carácter residual y carecen del más mínimo significado para sobre ellos proponer una ocupación romana. Al hilo de esto, nos parece conveniente señalar el hecho de que no creemos que haya relación demográfica alguna entre el despoblamiento del Cerro de Somosierra y el surgimiento del núcleo romano de *Los Mercados*, este ya en Duratón, a unos 8 km. al Este de Sepúlveda. Núcleo que, por otro lado, cuando sea elevado a la categoría de *municipium*, habrá de controlar el ya deshabitado Cerro de Somosierra, ubicado dentro de su territorio jurisdiccional (Santos Yanguas, 1985: 543).

Los poblados vecinos de Sepúlveda en la Segunda Edad del Hierro prácticamente se sitúan a lo largo del Duratón (Fig. 19), aguas abajo, siendo más que dudoso el origen prerromano del citado enclave romano de *Los Mercados*, que está remontando el río. El Duratón constituía una importante vía pecuaria que desde Somosierra descendía hasta

las mismas riberas del Duero, casi hasta el importante núcleo de Padilla de Duero, como hemos dicho. Son numerosas las estaciones que median entre Sepúlveda y este yacimiento vallisoletano, unas de modestas dimensiones (casi son más puntos de vigilancia o de descanso reiteradamente usados por los habituales de la ruta) y otras, como Los Sampedros (San Miguel de Bernuy), de extensión considerable. En caso de que esos pequeños yacimientos fueran realmente establecimientos más o menos fijos, si habría que hablar de una cierta jerarquización poblacional: San Julián, por ejemplo, pertenecería a la órbita de Sepúlveda, del mismo modo que Valdecarros estaría bajo la influencia de Los Sampedros.

Si tuviéramos que resaltar una característica del poblamiento prerromano segoviano, esta sería la de su adaptación a los principales cauces fluviales. Discurriendo de sureste a noroeste en busca del Duero, el Eresma, el Duratón y el Aguijoso/Riaza son tres corredores naturales en cuyas proximidades se localizan nada menos que el 52 % de los yacimientos segovianos del Hierro II que actualmente conocemos. Además, los más importantes, si exceptuamos Cuéllar. Segovia, Los Villares (Garcillán), el Cerro de la Virgen de Tormejón (Armuña), Coca y el Castro de la Cuesta del Mercado (Coca), a lo largo del Eresma. Sepúlveda, Los Muladares, La Mesilla (ambos en Carrascal del Río) y Los Sampedros, destacan junto al Duratón. Ayllón, Cerro Valugar, El Mirador, La Altipared y Las Torres (estos cuatro en Montejo de la Vega), se levantan en las proximidades del Aguijoso/Riaza. El mismo Cega debió de jugar un papel similar a los tres anteriores, pero por ahora son pocos los yacimientos asociados a su curso.

La importancia económica de estos tres (o cuatro) corredores fluviales ni mucho menos fue igual en el periodo que nos ocupa. Es evidente que si los dos núcleos de población más grandes de la provincia (Segovia y Coca) se localizan junto al Eresma, éste sería el de mayor dinamismo, y si tiempo después esta ruta se individualiza en los itinerarios romanos como Vía XXIV precisamente es en certificación de esto.

Son muchas las diferencias naturales que separan Sepúlveda de Coca, pero muy pocas las que existen entre aquella y Segovia. Podríamos pensar que si Coca creció hasta alcanzar las 18/20 has de

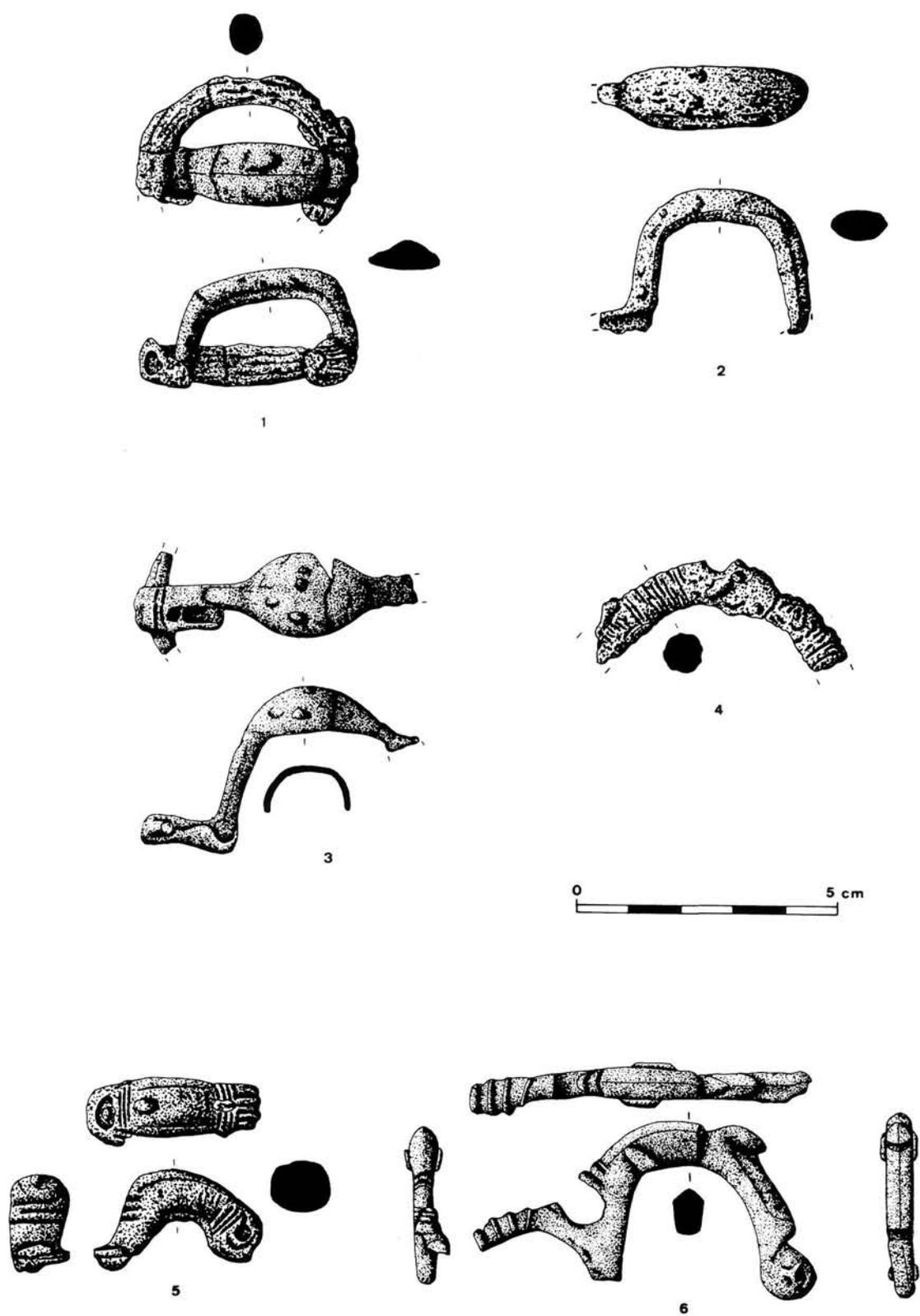


FIG. 18: *Fibulas de bronce de la antigua Col. Cerralbo, supuestamente procedentes de Sepúlveda. 1-3, anulares hispánicas; 4, aro ¿de anular hispánica?; 5, de pie vuelto; 6, con zoomorfos en el puente: ¿prótomo de verraco (izq.) y cabeza de ánade (der.)?*



LÁM. I: 1, fragmento cerámico policromo con decoración geométrica y zoomorfa; 2, figura de verraco o perro, en cerámica; 3, silbato en cerámica con forma de gallo; 4, detalle de la espada de la Sep. 2 de La Picota; 5, fibula con zoomorfos en el puente: ¿prótomo de verraco (izq.) y cabeza de ánade (der.)?; 6, as de Obulco; 7, cuchillo afalcado. (A diferentes escalas).

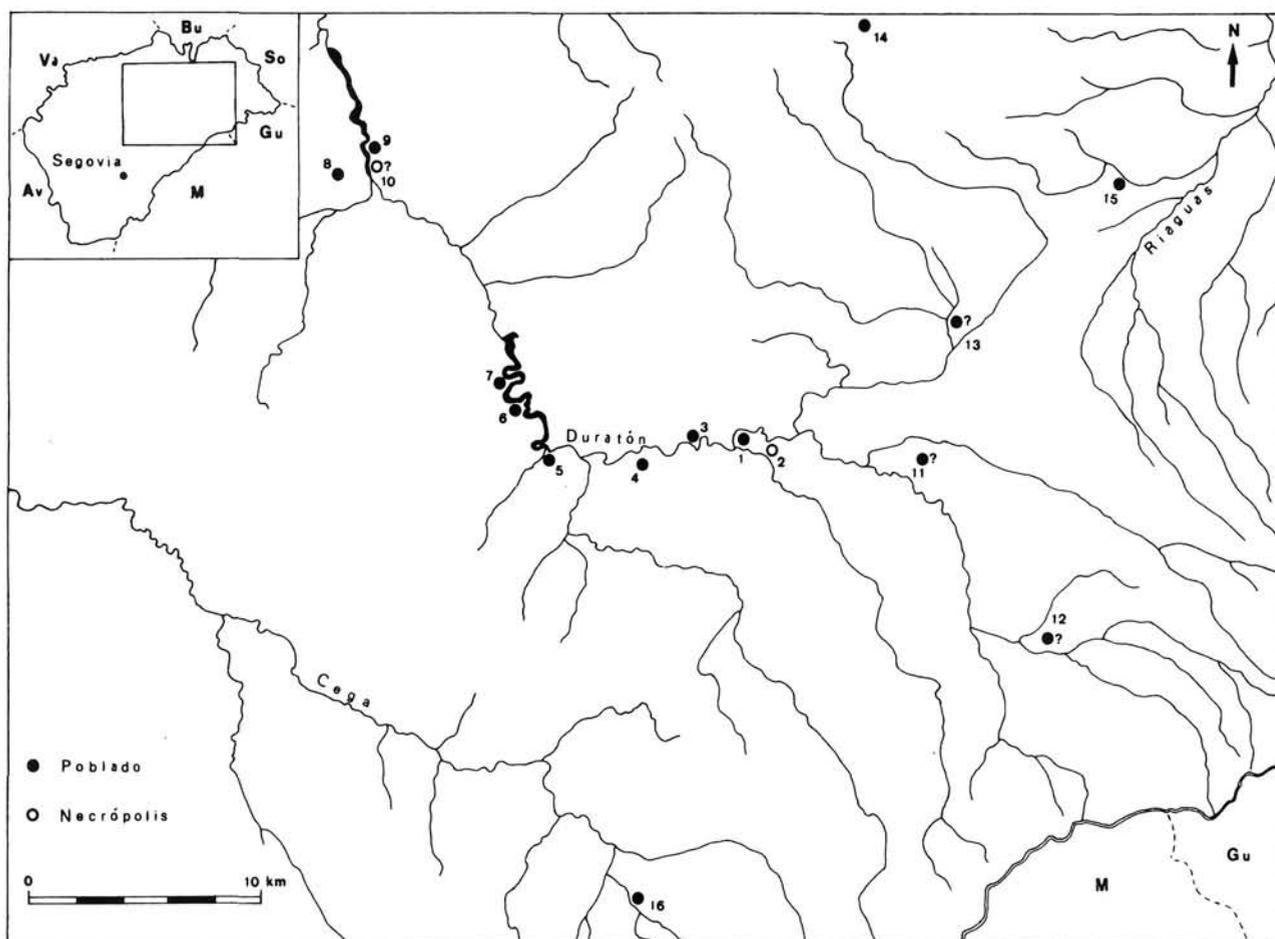


FIG. 19: *Sepúlveda en el contexto de los yacimientos del Hierro II de su región.* 1, Cerro de Somosierra; 2, necrópolis de La Picota; 3, San Julián; 4, Sobrepeña; 5, Sebúlcor; 6, Los Muladares; 7, La Mesilla; 8, Valdecarros; 9 y 10, Los Sampedros; 11, Los Mercados; 12, Cerezo de Abajo; 13, Barbolla; 14, Carabias; 15, El Calvario; 16, Pedraza.

extensión a finales de la Segunda Edad del Hierro fue por la idoneidad de su territorio para el desarrollo de la agricultura cerealista extensiva vaccea y por situarse junto a una importante vía natural, elementos ambos sobre los que Sepúlveda estuvo menos privilegiada. Las similitudes entre ésta y Segovia son mucho mayores, y a pesar de ello la dinámica histórica de ambas poblaciones es bien diferente. Los entornos geográfico y económico de las dos son de características similares, las altitudes a las que están son idóneas para el desarrollo de una economía de traza más ganadera que agrícola, ambas se erigieron en el primer y más importante núcleo de población junto a un paso transerrano

que comunicaba la Submeseta Sur con la Norte —el de Somosierra en el caso de Sepúlveda y el de Guadarrama en el de Segovia (Fernández Troyano, 1998)—, las dos al pie de la vereda natural que arranca desde dichos pasos hacia septentrión, etc. Y sin embargo, la del Duratón no pasó de ser un núcleo modesto y Segovia llegó quizá a alcanzar una extensión urbana superior a las 20 has, perviviendo como destacado núcleo romano, mientras aquélla quedó desierta. Es cierto que la superficie amesetada de Segovia ofrecía más ventajas para la expansión urbana y, consiguientemente, para el crecimiento demográfico que la abombada Sepúlveda, pero no creemos que esta fuera la causa principal de tan diferente

comportamiento histórico. Más bien habría que buscarla (o buscarlas, pues seguramente son más de una) en que a través de la estratégica Segovia y el corredor del Eresma contactaban dos regiones de mayor peso económico –como eran la del Tajo Medio y las ricas campiñas vacceas del centro del Duero– que las que comunicaba el Duratón. Si, como hemos señalado, aquél corredor –por otra parte, de laderas más suaves que las del Duratón, con lo que el acceso a sus aguas es más fácil para las personas y los ganados– fraguó en la Vía XXIV y el sepulvedano siguió siendo un camino secundario, está claro que las diferencias económicas y estratégicas de ambas rutas eran palpables, traducándose el hecho en la diferente entidad demográfica que alcanzaron los poblados situados junto a una y otra vías. Como es obvio, el problema se presta a un análisis mucho más extenso que el que aquí sólo podemos esbozar.

Abreviaturas

BMPC	Boletín del Museo Provincial de Cuenca. Cuenca.
BPH	Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid.
BRAH	Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid.
BSAA	Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología. Valladolid.
CNA	Congreso Nacional de Arqueología. Zaragoza.
CuPAUAM	Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. Madrid.
EAE	Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
GN	Gaceta Numismática. Barcelona.
MemJSEA	Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. Madrid.
MM	Madrider Mitteilungen. Mainz am Rhein.
MMAp	Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales. Madrid.
MMAV	Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid. Valladolid.
NAH	Noticiero Arqueológico Hispánico. Madrid.
RABM	Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
RevArq	Revista de Arqueología. Madrid.
TAE	Trabalhos de Antropología e Etnología. Porto.
TP	Trabajos de Prehistoria. Madrid.

Bibliografía

- AGUILERA Y GAMBOA, E. de (1918): “El arte rupestre en la región del Duratón”, *BRAH*, LXXIII, 127-160.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1969): *La necrópolis de Las Madrigueras. Carrascosa del Campo (Cuenca)*. (BPH, X). Madrid.
- (1974): “Orfebrería del Bronce Final en la Península Ibérica. El tesoro de Abía de la Obispalía, la orfebrería tipo Villena y los cuencos de Axtroki”, *TP*, 31, 39-100.
- ARÉVALO CARRETERO, C. (1931): “Época de los ases ibero-romanos autóctonos”, *Cultura Segoviana*, 1, 31-41. Madrid.
- ARÉVALO GONZÁLEZ, A. (1987): “Las monedas de *Obulco*”, *RevArq*, 74, 29-35.
- ARNOUD DE GREMILLY, L. (1958): *Le coq*. París.
- BALMASEDA, L. J. y VALIENTE, S. (1979): “Excavaciones en El Cerrón (Illescas, Toledo)”, *NAH*, 7, 153-210.
- BARRIO, J. (1988): *Las cerámicas de la necrópolis de Las Erijuelas (Cuéllar, Segovia). Estudio de sus producciones cerámicas en el marco de la II Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Segovia.
- (1991): *La Segunda Edad del Hierro en Segovia*. (Ed. en microfichas por la U. A. M.). Madrid.
- (1993): “Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)”, en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 173-212. Valladolid.
- BARRIOS GARCÍA, A. (1982): “Toponomástica e Historia. Notas sobre la despoblación en la zona meridional del Duero”, *En la España Medieval*, II. *Estudios en Memoria del Profesor D. Salvador de Moxó*, 115-134. Madrid.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, A. (1988): “*Contrebia Belaisca* (Botorrilla, Zaragoza)”, en F. Burillo, J. A. Pérez y M. L. de Sus (Coords.) *Celtiberos*, 44-49. Zaragoza.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (1990): “Nuevas aportaciones a la circulación monetaria ibérica de Coca (Segovia)”, *GN*, 97-98 (II-III), 13-17.
- (1993): “La cerámica celtibérica gris estampillada en el centro de la Cuenca del Duero. Las producciones de Coca (Segovia)”, *BSAA*, LIX, 113-139.
- (1994): “El castro protohistórico de la Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)”, *CuPAUAM*, 21, 35-80.
- (1995): “Representaciones figurativas en la cerámica celtibérica pintada de *Cauca* y el castro de la Cuesta del Mercado”, *1.º Congreso de Arqueología Peninsular*, Actas V (TAE, 35, 1), 213-232. Porto.
- (1997): “Zoomorfos celtibéricos en perspectiva cenital. A propósito de los hallazgos de *Cauca* y el castro

- Cuesta del Mercado (Coca, Segovia)", *Complutum*, 8, 183-203. Madrid.
- (1998): "Las producciones cerámicas del alfar vacceo de *Cauca* (Coca, Segovia)", *MM*, 39, 121-141.
- (1999): "Recursos hídricos en los *oppida* del occidente de la provincia de Segovia: el corredor del Eresma", en F. Burillo (Ed.) *IV Simposio sobre los Celtíberos. Economía*, 81-87. Zaragoza.
- BLASCO, M. C. y ALONSO, M. A. (1985): *Cerro Redondo. Fuente el Saz del Jarama, Madrid*. (EAE, 143). Madrid.
- BLASCO, M. C., BAENA, J., RECUERO, V., MONTERO, I., BARRIO, J. y ANTONA, V. (1995): "El castro de La Dehesa de la Oliva y su entorno geográfico", en F. Burillo (Coord.) *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento celtibérico*, 203-211. Zaragoza.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1983): *Primitivas religiones ibéricas (II). Religiones prerromanas*. Madrid.
- BURILLO, F. (1980): *El valle medio del Ebro en época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*. Zaragoza.
- CABRÉ, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica del Altillio de Cerropozo, Atienza (Guadalajara), practicadas bajo la dirección de Don Juan Cabré, con la cooperación de Don Justo Juberías*. (MemJSEA, 105). Madrid.
- CALONGE, G. (1995): "Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero", en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (Eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, 529-539. Valladolid.
- CONTE, D. y FERNÁNDEZ, I. (1993): *Introducción a la arqueología en el Cañón del Duratón*. Segovia.
- CUADRADO, E. (1991): "El castro de La Dehesa de la Oliva", *Arqueología, Paleontología y Etnografía*, 2, 189-255. Madrid.
- DÍAZ DÍAZ, A. (1976): "La cerámica de la necrópolis celtibérica de Luzaga Guadalajara) conservada en el Museo Arqueológico Nacional", *RABM*, LXXIX (1), 397-489.
- EITREM, S. (1938): "Die magischen Gemmen und ihre Weihe", *Symbolae Osloenses*, 19 (1939), 57-85. Oslo.
- ESCUADERO, Z. y BALADO, A. (1990): "Sobre los llamados silbatos celtibéricos. Una propuesta de interpretación", *TP*, 235-250.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro en el Noroeste de Zamora*. Zamora.
- FERNÁNDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*. (Investigaciones Arqueológicas en Castilla y León. Monografías). Soria.
- FERNÁNDEZ TROYANO, L. (1998): *Los pasos históricos de la Sierra de Guadarrama*. (CSIC). Madrid.
- GAUTIER DALCHÉ, J. (1979): *Historia urbana de León y Castilla en la Edad Media (siglos IX-XIII)*. Madrid.
- GIL FARRÉS, O. (1952): "Hallazgo posthallstático en Segovia", *II CNA*, 315-316.
- (1954): "Hallazgo posthallstático en Segovia", *MMAP*, XV, 29-30.
- GÓMEZ DE SOMORROSTRO, A. (1820): *El Acueducto y otras antigüedades de Segovia*. Madrid (Ed. de la C. A. y M. P. de Segovia. Segovia, 1987).
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J., ÁRIAS, L. y BENITO, J. M. (1986): "Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Bronce - Edad del Hierro)", *Arqueología Espacial*, 9, 113-126. Teruel.
- GREEN, M. (1989): *Symbol and Image in Celtic Religious Art*. London - New York.
- (1992a): *Dictionary of Celtic Myth and Legend*. London.
- (1992b): *Animals in Celtic Life and Myth*. London.
- KNAPP, R. C. (1992): *Latin Inscriptions from Central Spain*, (Classical Studies, 34). Berkeley-Los Ángeles.
- LINAGE CONDE, A. (1972): *Hacia una biografía de la Villa de Sepúlveda*. Segovia.
- (1976): "En torno a la Sepúlveda de Fray Justo. Geografía, literatura e historia", *Homenaje a Fray Justo Pérez de Urbel, OBS (Studia Silensia, III)*, 575-653. Abadía de Silos.
- (1983): "La dimensión militar en la historia. A propósito de la Villa de Sepúlveda", *Religión y Cultura*, XXIX. Madrid.
- LORRIO, A. (1994): "La evolución de la panoplia celtibérica", *MM*, 35, 212-257.
- (1997): *Los celtíberos*. Alicante.
- LOSADA, H. (1966): *La necrópolis de la Edad del Hierro de Buenache de Alarcón (Cuenca)*. (TP, XX). Madrid.
- LUCAS, M. R. (1989): "El horizonte de Cogotas I en San Frutos del Duratón (Burgomillodo, Segovia)", *XIX CNA*, vol. I, 477-492.
- LUCAS, M. R. y VIÑAS, V. (1971): "Nuevos mosaicos romanos y otros hallazgos arqueológicos en la provincia de Segovia", *Estudios Segovianos*, XXIII, 71-104. Segovia.
- MARCO SIMÓN, F. (1983-84): "Consideraciones sobre la religiosidad ibérica en el ámbito turolense", *Kalathos*, 3-4, 71-93. Teruel.
- MARTÍN, M. D., TARDÍO, T. y ZAMORA, A. (1990): *Las murallas de Sepúlveda, (Segovia). Un ensayo de aproximación con métodos arqueológicos, a un ejemplo de pervivencia arquitectónica*. Segovia.
- MARTÍN VALLS, R. (1986-87): "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización", *Zephyrus*, XXXIX-XL, 59-86. Salamanca.

- MARTÍNEZ LLORENTE, F. J. (1990): *Régimen jurídico de la Extremadura castellana medieval. Las Comunidades de Villa y Tierra (s. X-XIV)*. Valladolid.
- MARTÍNEZ SASTRE, V. y ARENAS ESTEBAN, J. (1988): "Un hábitat de Campos de Urnas en Las Parameras de Molina (Embid, Guadalajara)", *I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. T. III, *Pueblos y Culturas Prehistóricas y Protohistóricas* (2), 269-278. Toledo.
- MENA, P. (1984): *Catálogo de cerámicas de necrópolis de la Edad del Hierro del Museo de Cuenca*. (BMPC, 1). Cuenca.
- MOLINERO, A. (1949): "Excavaciones arqueológicas antiguas y modernas en Duratón (Segovia)", *Estudios Segovianos*, I, 568-584. Segovia.
- (1950): "Diez años de arqueología segoviana: labor de la Comisaría de Excavaciones", *Estudios Segovianos*, II, 639-652. Segovia.
- (1952): "Sepúlveda (Segovia). La Picota", *NAH*, I, (1953), 60-62. (vid. nuestra nota 5).
- (1971): *Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia*. (EAE, 72). Madrid.
- MORÈRE, N. (1983): *Carta arqueológica de la región seguntina*. Guadalajara.
- QUADRADO, J. M. (1865): *Recuerdos y bellezas de España. Salamanca, Ávila y Segovia*. Madrid. (Ed. de la C. A. y M. P. de Segovia. Segovia, 1977).
- ROMERO CARNICERO, F. (1976): *Las cerámicas policromas de Numancia*. Valladolid.
- (1991): *Los Castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. (Studia Archaeologica, 80), Valladolid.
- ROMERO, M. V., ROMERO, F. y MARCOS, G. J. (1993): "Cauca en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 223-261. Valladolid.
- SACRISTÁN, J. D. (1986a): "Consideraciones sobre el celtiberismo inicial en la Cuenca Media del Duero", *BSAA*, LII, 205-213.
- (1986b): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Valladolid.
- SAN MIGUEL, L. C. (1995): "Ciuitas y secundarización de la producción: ¿las dos claves de interpretación del modelo de poblamiento vacceo?", en F. Burillo (Coord.) *III Simposio sobre los Celtíberos. Poblamiento Celtibérico*, 373-380. Zaragoza.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1929): "Divisiones tribales y administrativas del solar del reino de Asturias en la época romana", *BRAH*, XCV, 315-395.
- SANTOS YANGUAS, J. (1985): "La inscripción del Puente Talcano, Sepúlveda, Segovia (CIL II 5095=3089). Nueva lectura e Interpretación", *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae* (I), 537-545. Vitoria.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): "Uso del espacio en la necrópolis celtibérica de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid): cuatro tumbas para la definición de una estratigrafía horizontal", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 371-396. Valladolid.
- (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. (Arqueología en Castilla y León, Memorias, 6). Salamanca.
- SANZ MÍNGUEZ, C. y NAVARRO ESCUERO, Z. (1995): "El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena", en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (Eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, 271-305. Valladolid.
- SANZ, C., GÓMEZ, A. y ARRANZ, J. A. (1993): "La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)", *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, 129-147. Valladolid.
- SECO, M. y TRECEÑO, F. J. (1993): "La temprana iberización de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de La Mota, Medina del Campo (Valladolid)", en F. Romero, C. Sanz y Z. Escudero (Eds.) *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el Mundo Prerromano en la Cuenca Media del Duero*, 133-171. Valladolid.
- (1995): "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: La Mota, Medina del Campo", en G. Delibes, F. Romero y A. Morales (Eds.) *Arqueología y Medio Ambiente. El Primer Milenio a. C. en el Duero Medio*, 219-245. Valladolid.
- SAGREDO, L. y ARRIBAS, E. (1987): *Circulación y evolución monetaria en la provincia de Segovia en la Antigüedad*. Segovia.
- SOPENA, G. (1987): *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza.
- TOUTAIN, J. (1917-1918): *Les cultes païens dans l'Empire Romain (I-III)*. París. (Ed. de 1967. Roma).
- VALIENTE MALLA, J. (1984): "Pico Buitre (Espinosa de Henares, Guadalajara). La transición del Bronce al Hierro en el Alto Henares", *Wad-al-Hayara*, 11, 9-58. Guadalajara.
- VILLAR, F. (1995): *Estudios de celtibérico y de toponimia prerromana*. (Acta Salmanticensia, Est. Fil., 260). Salamanca.
- VILLAR GARCÍA, L. M. (1986): *La Extremadura castellano-leonesa. Guerreros, clérigos y campesinos (711-1252)*. Valladolid.

- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas)*. (MMAV, 3). Valladolid.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1963): *Las cerámicas indígenas de Numancia*. (BPH, IV). Madrid.
- (1978) *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. (MMAV, 2). Valladolid.
- ZAMORA, A. (1983): "Prehistoria y arqueología", en G. Arcaya (Coord.) *Sepúlveda, el Duratón y Pedraza*, 61-78. Madrid.
- (1987): "Segovia en la Antigüedad", en J. Tomás (Coord.) *Historia de Segovia*, 20-55. Segovia.
- (1993): *El castillo de Ayllón (Segovia)*. *Estudio arqueológico e histórico*. (Estudios Segovianos, XXXIV, n.º 90). Segovia.